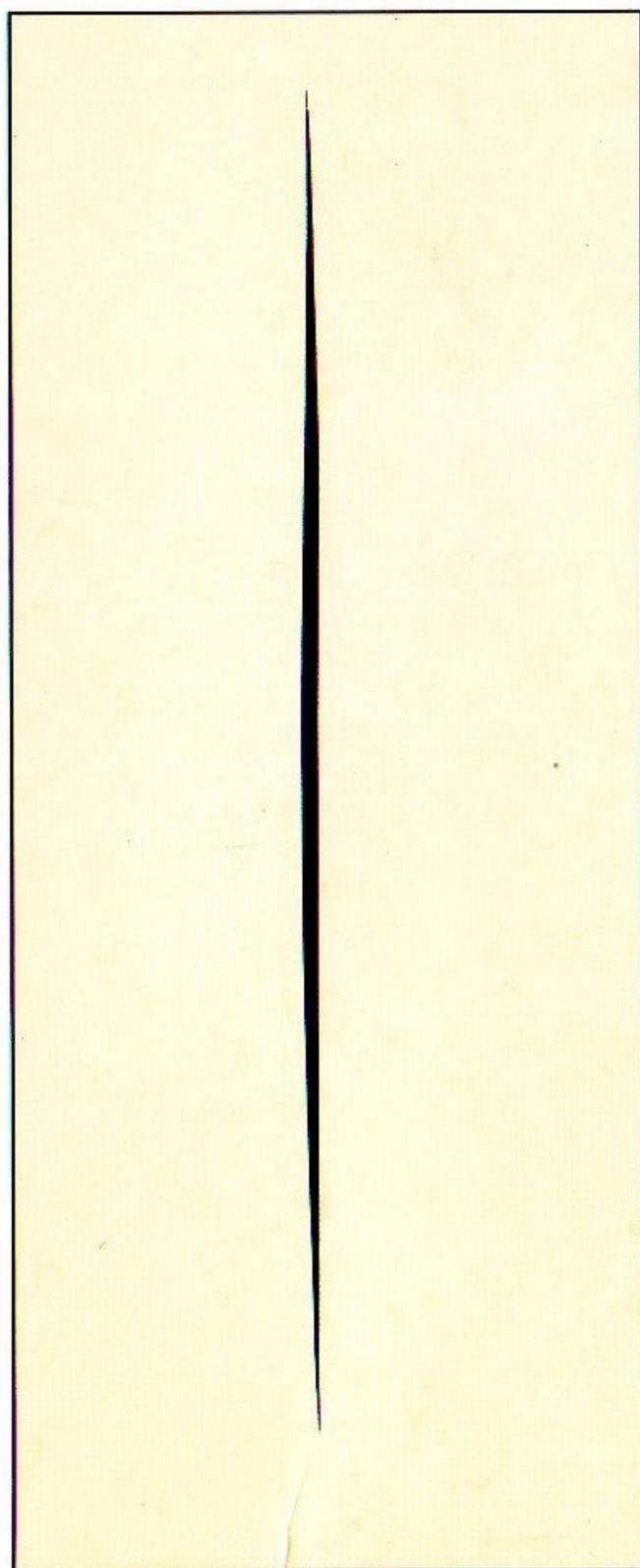


ESPECIES DE ESPACIOS

GEORGES PEREC



M O N T E S I N O S

ESPECIES DE ESPACIOS

GEORGES PEREC

Traducción de Jesús Camarero

MONTESINOS

Primera edición: Abril, 1999
Segunda edición: Octubre, 2001

© Introducción: Jesús Camarero

© Edición original: *Espèces d'espaces*, Éditions Galilée, París, 1974

Edición española propiedad de Literatura y Ciencia, S. L.

Diseño: Elisa Nuria Cabot

Ilustración: *Imitación de Lucio Fontana*

I.S.B.N.: 84- 95776-07-3

Depósito legal: B-36387-2001

Imprime: Novagràfik, S. A. Barcelona

Impreso en España

Printed in Spain

para Pierre Getzler

ESCRIBIR Y LEER EL ESPACIO

El espacio y el tiempo. El tiempo y el espacio. Dos categorías que sirven para explicar toda realidad, dos coordenadas que se entrecruzan para decir un algo antes indefinido, inexistente. Todas las preguntas posibles pueden ser respondidas por medio de estos dos ejes: aunque unas realidades sean más «temporales» y otras más «espaciales», el registro «espaciotemporal», la hibridación o amalgama de ambos es la dimensión de un concepto filosófico que permitirá resolver el dilema por medio de un binomio, de dos términos contrapuestos pero complementarios e inseparables, porque una realidad no puede ser explicada, ni siquiera pensada, sin requerir la presencia de esta doble idea.

Hay realidades que se desarrollan o tienen lugar en el tiempo, es decir, tienen un comienzo y un final. Son observadas en un continuum, en una duración, sin un comienzo o un fin evidentes o visibles y en desarrollo o mutación permanente. Así, el tiempo parece estar presente en la realidad cotidiana del hombre, aunque bien es verdad que de

una manera un tanto inasible, inaprensible, inmaterial. El tiempo es una noción sin referencia, una idea que tiene un montón de palabras para no referirse a ningún objeto concreto (en el sentido más referencial), sino a sensaciones o aprehensiones de una experiencia impuesta por las costumbres humanas, obligadas a su vez por el devenir cósmico implacable (noche/día, verano/invierno, etc.), y no tanto por un acto intelectual, pragmático o experimental. Un reloj es una máquina que no produce nada o que no se refiere a nada, solamente es una cifra o conjunto de cifras de una abstracción (las horas, los minutos, los segundos) porque lo realmente material que está ocurriendo en ese instante del decir la hora, de 'marcar' el tiempo, es el movimiento astral o astronómico de unos objetos llamados Tierra, Sol, Luna, etc., el sistema en que nuestro planeta está inmerso y cuyo devenir temporal, precisamente, es algo irreal, inaprensible por lo menos para el ser humano, para el terrícola de a pie... (¿cuánto tiempo ha transcurrido desde el Big Bang? ¿en qué momento preciso de ese acontecimiento nos encontramos ahora? ¿cuánto nos queda de esa expansión continuada producto del Big Bang?). Por lo demás, nuestra noción del tiempo tampoco se ajusta a parámetros demasiado claros: un minuto de un accidente de tráfico puede parecer una vida entera, mientras que una experiencia superficial o banal desaparece enseguida de nuestro consciente. Sin embargo parece claro que el tiempo se asimila a una percepción de nuestra existencia que podría ser identificada con categorías como la duración, la consecutividad, la ilación, la causa-efecto, la ordenación, la deducción, la seriación, etc.

Por otro lado, el espacio es una dimensión, una extensión, una materialidad, una realidad, una configuración, una estructura, la inducción, la diseminación, la fragmentación... Todo tiene lugar en el espacio, todo es el espacio o todo es espacio u ocupa un espacio (la teoría de los agujeros negros ha demostrado que el vacío también ocupa su lugar junto a lo demás), la materia y la antimateria; el lleno/vacío es el espacio dinámico o la dinámica de un espacio siempre en transformación (como la materia que es), porque no hay principio ni fin, sino cambio incesante y transformación evolutiva o involutiva de una materialidad. La ordenación del espacio («ordenación» es un término asimilado en principio a lo temporal, como muchos otros términos que fluctúan incansablemente de un campo conceptual a otro y viceversa, lo cual da idea del confusionismo que a veces recubre los conceptos de tiempo y de espacio), la ordenación del espacio supone así pues una configuración o estructura, una disposición de la materia diseminada o dispersa que no es una fragmentación caótica o dinamitada de la materia, sino agrupaciones nucleares del todo en múltiples partes, entre las que se establecen y mantienen relaciones de variada tipología y nivel (proximidad/distancia, asimilación/disimilación, analogía/diferencia, aposición/contraposición, y cuantas se quieran descubrir o poner en funcionamiento).

Además, respecto del Big Bang, origen de toda la materia conocida, el espacio que compartimos en la galaxia y, en concreto, en nuestro planeta (donde el hombre desarrolla su actividad) es simplemente una parte del todo separado y disperso, es decir, una partición o fragmento que

encajaba anteriormente con otras partes en un todo superior inidentificable al día de hoy. Por tanto no se puede concebir el espacio como totalidad sino como fragmento, iniciando así una dinámica extensional que hace que todo lo espacial se asimile a lo fractal, de modo que pensar el espacio es establecer ya de entrada un ordenamiento en las ideas que responda a esa fragmentación propiamente dicha del objeto espacial.

La visión del fragmento, su análisis y enunciación, así como la síntesis de esa fracción que se opera sistemática y continuamente en la realidad, son un tema tópico en la literatura perequiana. Desde la primera novela, Las Cosas, la fragmentación del devenir narrativo de unos personajes en una historia, la fragmentación de un mundo concreto, se hace a partir de la presencia en el texto de cerca de un millar de objetos diferentes, enumerados todos ellos sin orden taxonómico, pero con una cuidada y prudente dosificación. El mundo que algunos representan como una totalidad o, al menos, bajo la forma de un mensaje trascendente de una totalidad, no es sino el conjunto de múltiples cosas u objetos que surgen por doquier, sin orden aparente, aunque a veces se les pueda dar una ordenación (véanse las teorías de Baudrillard o Moles al respecto). Tal es el primer desafío que Perec plantea al lector. Pero, de hecho, toda su obra se plantea como una parcelación de fragmentos diferentes que no tienen por qué constituir un todo, aunque el todo exista, es decir, hoy podemos ya tener la visión del conjunto cerrado de la obra de Perec, pero sus obras, en tanto que son cada una de ellas una

unidad diferenciada en relación a las otras, constituyen una red intensísima y significativa en la que cada elemento ha guardado su sentido de forma autónoma. No hay voluntad de crear un todo, sino dispersión enriquecida de obras/espacios diferentes y casi autárquicos donde el escritor performa un proyecto singular.

Como se ve, el paso del tiempo apenas si llega a significar en *Las Cosas* y, del mismo modo, apenas si tiene valor una interpretación diacrónica de la producción perequiana. Al final de la vida de *Perec* (la vida ¿es un tiempo o es un espacio?), o poco antes, aparece *La Vida instrucciones de uso*: las obras acumuladas durante años, los experimentos que enriquecieron el taller oulipiano se funden en un crisol majestuoso y gigantesco; es la organización pautada mediante fórmulas lógico-matemáticas lo que permite gestionar ese mundo aparentemente caótico de la acumulación objetal; la síntesis organizada y sistémica de los objetos, de los personajes, de las historias, es decir, del cúmulo fragmentario, queda realizada y resuelta plenamente en un edificio-novela de novelas donde cabe todo, donde se relaciona todo; pero ese todo es relativo, es apenas una metáfora del mundo, porque el todo es inabarcable y porque el texto literario sólo puede pretender emular (con cierto desvío además) la realidad en que se inspira.

De este modo, aunque sea ligeramente, queda enterado el lector que «escribe» la lectura de *La Vida instrucciones de uso*, así se aproxima y llega a aprehender el fragmento, no se sabe si para apropiárselo en una síntesis demente y paranoica, o si para determinar aún más exactamen-

te su pequeña partícula de existencia. En cualquier caso, recorrer el cosmos fragmentario de un espacio, que es el nuestro, mediante otro espacio, que es el de Perec, no parece en absoluto una aventura desdeñable ni tampoco inútil, porque lo importante del recorrido es precisamente desplazarse por todas y cada una de sus partes, dispersarse, diseminarse, sin perderse...

Pero también está la reflexión sobre el vacío, en el capítulo dedicado al apartamento (que, paradójicamente, es donde se vive), con una meticulosa descripción de esa configuración espacial que es donde realizamos nuestra vida o que es la referencia de muchos de nuestros movimientos, acciones, decisiones... Formular la idea del vacío es lo mismo que denunciar la acumulación o proliferación objetual. Poco cuenta el lado desde el que contemplamos la realidad: tan pronto está repleta como se vacía horrorosamente, y su entidad puede depender hasta del estado de ánimo del lector. La dinámica del vacío supone un horror que enseguida demanda la presencia de algo. La dinámica de la plenitud sufre por la repleción y el empacho y lucha por desembarazarse de algo. En ambas se trata de los mismos componentes que entran y salen del espectro conceptual. Y la respuesta no está precisamente en el ámbito objetual, sino en el propio individuo; de ahí que el vacío existencial-personal de Perec en una importante etapa de su vida, así como su vivencia de una época de desarrollismo, sean los factores determinantes de la aparición pánica de los objetos.

Y esto tiene que ver también con cierto rasgo autobiográfico que salpica muchas de las páginas del libro. Además

de los episodios más específicamente autobiográficos, como la aventura dual de W o el recuerdo de la infancia, hay muchas obras –mayores y menores– de su producción que contienen elementos de aquellos fragmentos de espacio que podrían ser definidos como «vivenciales», que realmente tuvieron como protagonista perceptivo a Perec y que son trasladados al texto en virtud precisamente de aquella vivencia o experiencia vital. De este modo, la elucubración teórica del espacio queda asociada felizmente a la representación de unas vivencias de ese mismo espacio.

Especies de espacios es un espacio que habla del espacio. Es un texto que es un espacio tejido alrededor de multitud de nociones configuradas habitualmente como espacio. No es precisamente el espacio cósmico o astronómico, sino más bien ese espacio tan cotidiano y familiar de nuestro hábitat (más bien urbano) que adquiere aquí estatuto de protagonista, que se convierte en objeto de estudio y de elucubración. Curiosamente ese espacio se hace objeto en este libro o justo antes de la escritura de este libro, pero lo normal es que el espacio contenga en su seno o en su perímetro multitud de objetos, que se convierten también en objeto junto al espacio que los abarca, para ser aprehendidos, escritos, representados, leídos, gozados, manipulados o, incluso, destruidos (en el sentido de «olvidados»).

El libro, al principio, aparece como disperso, como un intento de recoger los fragmentos diseminados de una totalidad, que sin embargo no existiría más que como idea vaga y fluctuante. Después, la minuciosa estructuración je-

rárquica que ordena los capítulos (sin numeración, porque la jerarquía ya incluye la ordenación cualitativa) extiende el libro como una alfombra, de modo y manera que el lector-visualizador de estos espacios fragmentados pueda recorrer el espacio del libro tan libre y creativamente como le apetezca. No hay límite para el lector-andarín que estuviera afectado por un acceso de bulimia espacial: como el libro recorre todos los espacios, desde la página (donde ese lector se encuentra obviamente) hasta la esencia del espacio-espacio, pasando por una tipología más bien urbana pero globalizadora, entonces lo único que hay que hacer es dejarse llevar a través de los innumerables fragmentos de espacio en que se estructuran los diferentes tipos de espacio.

Semejante técnica no requiere planos ni brújulas, ni tampoco un programa de mano, ni un/una guía, ni siquiera el Índice (que a pesar de todo se incluye), únicamente basta con dejarse llevar, es decir, con leer y leer, aquí y allá, hacia delante... o atrás, empezando por el final si se desea y retrocediendo sección por sección hasta el inicio. No se olvide que el libro es un volumen, un espacio en el sentido físico y material, un conjunto de signos acumulados por medio de reglas complejísimas y depositados en un soporte-cofre tridimensional que se puede manipular maravillosamente bien por el lector (visualizador y manipulador), que puede trabajar con las infinitas partes de aquel objeto y realizar así un ejercicio absolutamente estético. Porque en el espacio no hay secuencia, sino extensión, y el recorrido siempre puede variar, a menos que situaciones o condiciones muy especiales lo impidan de modo muy

severo. Esa extensión fragmentada, diseminada, dispersa, no es más que la reproducción o representación descrita detalladamente del mundo y de las cosas, pero de un modo que pone al descubierto cierta deshumanización de ese entorno en el que el hombre ha perdido un protagonismo que siempre hubiera debido conservar.

El problema, claro está, no es del libro mismo (que se limita a representar un estado de las cosas, de ahí su carácter marcadamente sociológico), sino del hombre contemporáneo que es el sujeto (¿todavía lo es?) y el presunto protagonista de una actuación rebajada en sus expectativas y en los modos de su actuación. Pero el espacio sigue siendo la extensión y la transformación, es decir, un devenir permanente y extensional de la materia, o su manifestación más radicalmente representada. Si el tiempo es una invención artificial y autoimpuesta que se añade a todo acto humano (incluso se pretende a veces aplicarla a las cosas, lo cual es un síntoma de un estado de subjetividad que raramente podría evitar acabar en la locura), si parece inevitable dotar de un tiempo a esa «duración» que es el diferir el comienzo y el final del acto de la lectura (esquema que hay que combatir por obsoleto y contraproducente), entonces parece que hay un tiempo de la lectura que el lector emplea para consumir el libro...

Pero hay libros como éste en que esta operación no basta. El libro no se acaba en la última página leída o numerada como última: muy al contrario, cada punto de inserción de la mirada del lector resulta ser un comienzo inesperado de la lectura que, además, no tiene por qué acabar en un punto determinado, porque este punto no

*existe y puede no existir tampoco la voluntad del lector de terminar, en ese lugar preciso, su lectura. No se trata básicamente de un modo distinto de leer, sino de saber aprovechar estratégicamente la facultad del leer, consumiendo adecuadamente el objeto intelectual de este libro. La maqueta poco convencional, la tipografía variable y nada monótona, la amplitud del soporte poco saturado de signos, la brevedad o justo desarrollo de los principios allí expuestos, la misma jerarquía modular de la tipología espacial... Todo ello ayuda a construir sin duda un libro diferente. El último capítulo, titulado "repertorio de algunas palabras utilizadas en esta obra", es un recenso nada gratuito de términos que aparecen en el texto (una sola vez cada uno de ellos, salvo las «cerezas», que aparecen en dos páginas distintas). Como si de *La vida instrucciones de uso* se tratara, la lista de términos (nombres comunes, propios y términos varios, como el libro mismo) parece haber organizado algo en el momento de la escritura, o también es posible que su aparición al final no sea más que otro juego especular y perequiano, pero en cualquier caso define bastante bien el carácter taxonómico de una escritura liberada de las constricciones habituales del narrar, dejando al mismo tiempo al descubierto las posibles entradas o puntos de acceso de una lectura extensiva y multipuntual, cuya multidireccionalidad es el factor más importante a la hora de construir un nuevo modo de consumo de lo literario que pasa por acercar al lector a la escritura.*

Esta inflexión operada sobre el acto creativo moderno define también una característica de la literatura realmente nueva: que escritura y lectura no tienen por qué ser

actos antagónicos (aunque puedan estar separados de alguna manera) y que el lector está llamado a ser mucho más activo y protagonista, compartiendo con el autor la actividad escritural. Con lo cual no habría ya un escritor y un lector, sino dos escritores: el autor y el lector.

JESÚS CAMARERO

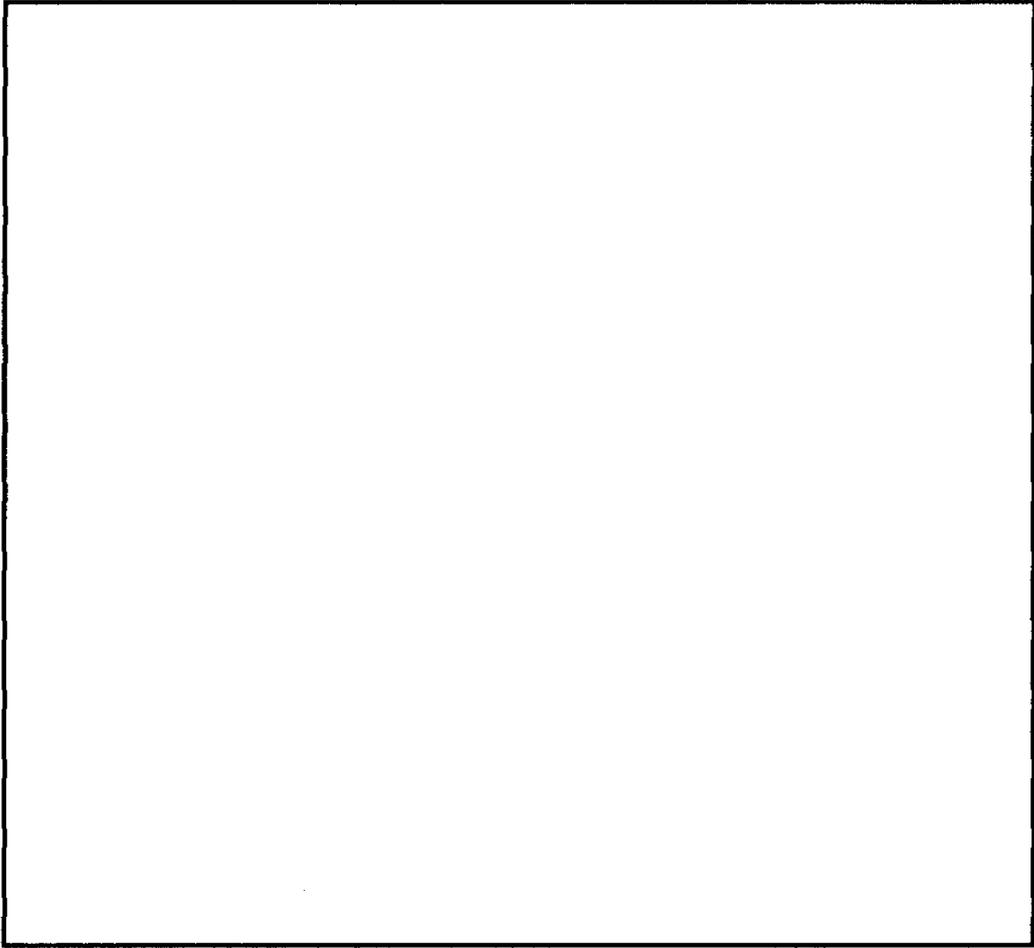


Figura 1. *Mapa del océano* (extraído de *La caza del Snark*, de Lewis Carroll)

ESPACIO
 ESPACIO LIBRE
 ESPACIO CERRADO
 ESPACIO PRESCRITO
 FALTA DE ESPACIO
 ESPACIO CONTADO
 ESPACIO VERDE
 ESPACIO VITAL
 ESPACIO CRÍTICO
 POSICIÓN EN EL ESPACIO
 ESPACIO DESCUBIERTO
 DESCUBRIMIENTO DEL ESPACIO
 ESPACIO OBLICUO
 ESPACIO VIRGEN
 ESPACIO EUCLIDIANO
 ESPACIO AÉREO
 ESPACIO GRIS
 ESPACIO TORCIDO
 ESPACIO DEL SUEÑO
 BARRA DE ESPACIO
 PASEOS POR EL ESPACIO
 GEOMETRÍA DEL ESPACIO
 MIRADA QUE EXPLORA EL ESPACIO
 ESPACIO TIEMPO
 ESPACIO MEDIDO
 LA CONQUISTA DEL ESPACIO
 ESPACIO MUERTO
 ESPACIO DE UN INSTANTE
 ESPACIO CELESTE
 ESPACIO IMAGINARIO
 ESPACIO NOCIVO
 ESPACIO BLANCO
 ESPACIO DEL INTERIOR
 EL PEATÓN DEL ESPACIO
 ESPACIO QUEBRADO
 ESPACIO ORDENADO
 ESPACIO VIVIDO
 ESPACIO BLANDO
 ESPACIO DISPONIBLE
 ESPACIO RECORRIDO
 ESPACIO PLANO
 ESPACIO TIPO
 ESPACIO EN TORNO
 TORRE DEL ESPACIO
 A ORILLAS DEL ESPACIO
 ESPACIO DE UNA MAÑANA
 MIRADA PERDIDA EN EL ESPACIO
 LOS GRANDES ESPACIO
 LA EVOLUCIÓN DE LOS ESPACIO
 ESPACIO SONORO
 ESPACIO LITERARIO
 LA ODISEA DEL ESPACIO

prólogo

El objeto de este libro no es exactamente el vacío, sino más bien lo que hay alrededor, o dentro. Pero, en fin, al principio, no hay gran cosa: la nada, lo impalpable, lo prácticamente inmaterial: la extensión, lo exterior, lo que es exterior a nosotros, aquello en medio de lo cual nos desplazamos, el medio ambiente, el espacio del entorno.

El espacio. No tanto los espacios infinitos, aquéllos cuyo mutismo, a fuerza de prolongarse, acaban provocando algo que parece miedo, ni siquiera los ya casi domesticados espacios interplanetarios, intersiderales o intergalácticos, sino espacios mucho más próximos, al menos en principio: las ciudades, por ejemplo, o los campos, o los pasillos del metropolitano, o un jardín público.

Vivimos en el espacio, en estos espacios, en estas ciudades, en estos campos, en estos pasillos, en estos jardines. Parece evidente. Quizá debería ser efectivamente evidente. Pero no es evidente, no cae por su peso. Es real, evidentemente, y en consecuencia es verosímilmente ra-

cional. Se puede tocar. Incluso se puede uno abandonar a los sueños. Nada, por ejemplo, nos impide concebir cosas que no serían ni las ciudades ni los campos (ni las afueras); o los pasillos del metropolitano que serían al mismo tiempo los jardines. Nada tampoco nos impide imaginar un metro en pleno campo (he visto ya incluso publicidad sobre este tema pero —¿cómo decir?— era una campaña publicitaria¹). Lo que es seguro en todo caso, es que en una época, sin duda demasiado lejana como para que alguien de nosotros haya guardado un recuerdo suficientemente preciso, no había nada de esto: ni pasillos, ni jardines, ni ciudades, ni campos. El problema no es tanto el de saber cómo hemos llegado, sino simplemente reconocer que hemos llegado, que estamos aquí: no hay un espacio, un bello espacio, un bello espacio alrededor, *un bello espacio alrededor de nosotros*, hay cantidad de pequeños trozos de espacios, y uno de esos trozos es un pasillo de metropolitano, y otro de esos trozos es un jardín público; otro (aquí entramos rápidamente en espacios mucho más particularizados), de talla más bien modesta en su origen, ha conseguido dimensiones colosales y ha terminado siendo París, mientras que un espacio vecino, no menos dotado en principio, se ha contentado con ser Pontoise. Otro más, mucho más grande y vagamente hexagonal, ha sido rodeado de una línea de puntos (innumerables acontecimientos, algunos de ellos particularmente graves, han tenido su única razón de ser en el trazado de esta línea de puntos) y se decidió que

1. Nota de T. En el original “en pleine *campagne*” se opone a “*campagne publicitaire*”, juego de significantes que se pierde en español.

todo lo que se encontraba *dentro* de la línea de puntos estaría pintado de violeta y se llamaría Francia, mientras que todo lo que se encontraba *fuera* de la línea de puntos estaría pintado de un color diferente (pero fuera de dicho hexágono no se tendía a colorear de un modo uniforme: tal trozo de espacio quería su propio color y tal otro quería uno distinto, de ahí el famoso problema topológico de los cuatro colores, todavía sin resolver en nuestros días) y se llamaría de otra manera (de hecho, durante no pocos años, se ha insistido mucho en pintar de violeta —al mismo tiempo que se les llamaba Francia— trozos de espacio que no pertenecían al susodicho hexágono, e incluso a menudo estaban muy lejos, pero en general no se han consolidado demasiado).

En resumidas cuentas, los espacios se han multiplicado, fragmentado y diversificado. Los hay de todos los tamaños y especies, para todos los usos y para todas las funciones. Vivir es pasar de un espacio a otro haciendo lo posible para no golpearse.

O, SI SE PREFIERE:

ACTO UNO

Una voz (off): Al norte, nada. Al sur, nada. Al este, nada.
Al oeste, nada.
En el centro, nada.
Cae el telón. Fin del acto uno.

ACTO DOS

Una voz (off): Al norte, nada. Al sur, nada. Al este, nada.
Al oeste, nada.
En el centro, una tienda de campaña.
Cae el telón. Fin del acto dos.

ACTO TRES Y ÚLTIMO

Una voz (off): Al norte, nada. Al sur, nada. Al este, nada.
Al oeste, nada.
En el centro, una tienda de campaña,
y,
delante de la tienda,
un ordenanza dando crema a un par
de botas
¡CON BETÚN «LION NOIR»!

Cae el telón.

Fin del acto tres y último.

(Autor desconocido. Aprendido hacia
1947, recordado en 1973.)

O TAMBIÉN:

*En París, hay una calle;
en esta calle, hay una casa;
en esta casa, hay una escalera;
en esta escalera, hay una habitación;
en esta habitación, hay una mesa;
sobre esta mesa, hay un tapete;
sobre este tapete, hay una jaula;
en esta jaula, hay un nido;
en este nido, hay un huevo;
en este huevo, hay un pájaro.*

*El pájaro hizo caer el huevo;
el huevo hizo caer el nido;
el nido hizo caer la jaula;
la jaula hizo caer el tapete;
el tapete hizo caer la mesa;
la mesa hizo caer la habitación;
la habitación hizo caer la escalera;
la escalera hizo caer la casa;
la casa hizo caer la calle;
la calle hizo caer la ciudad de París².*

Canción infantil de Deux-Sèvres
(Paul Éluard, *Poésie involontaire et poésie intentionnelle*).

2. N. de T. Se ha introducido la forma verbal perifrástica “hizo caer” a lo largo de toda la segunda parte, ya que así se asegura el ritmo de la composición manteniendo la repetición del verbo en cada verso, tal como ocurre en el original francés y a pesar de que, semánticamente, no siempre el contexto del texto español prefería esta forma.

la página

J'écris pour me parcourir
Henri Michaux

1

Escribo...

Escribo: escribo...
Escribo: «escribo...»
Escribo que escribo...
etc.

Escribo: trazo palabras sobre una página.

Letra a letra, un texto se forma, se afirma, se consolida,
se fija, cuaja:

una línea estrictamente h

o

r

i

z

o

n

t

a

l

se deposita sobre la

hoja blanca, ennegrece el espacio virgen, le da un sentido, lo vectoriza:

de izquierda

a derecha

d

e

a

r

r

i

b

a

a

b

a

j

o

Antes no había nada, o casi nada; después, no demasiado, unas líneas, pero suficientes para que haya un arriba y un abajo, un principio y un fin, una derecha y una izquierda, un anverso y un reverso.

2

El espacio de una hoja de papel (modelo reglamentario internacional, usado en la administración, de venta en todas las papelerías) mide 623,7 cm². Hay que escribir

un poco más de dieciséis páginas para ocupar un metro cuadrado. Si el formato medio de un libro es 21 x 29,7 cm y desollamos todas las obras impresas conservadas en la Biblioteca Nacional y extendemos cuidadosamente sus páginas unas junto a otras, podríamos cubrir enteramente la Isla de Santa Elena o el lago de Trasimeno.

También podríamos calcular la cantidad de hectáreas de bosque que fue necesario talar para producir el papel necesario con que imprimir las obras de Alejandro Dumas (padre) quien, recordémoslo, se hizo construir una torre cada una de cuyas piedras llevaba grabado el título de uno de sus libros.

3

Escribo: vivo en mi hoja de papel, la cerco, la recorro.

Suscito espacios en blanco, espacios (saltos en el sentido: discontinuidades, pasajes, transiciones).

Escribo
en el
margen...

Párrafo

aparte. Remito a una nota a pie de página³.

Cambio de hoja.

3. Me gustan mucho los renvíos a pie de página, incluso si no tengo nada de particular que precisar.

Pocos acontecimientos hay que no dejen al menos una huella escrita. Casi todo, en un momento u otro, pasa por una hoja de papel, una página de cuaderno, una hoja de agenda o no importa qué otro soporte de fortuna (un billete de metro, el margen de un periódico, un paquete de cigarrillos, el dorso de un sobre, etc.) sobre el que se inscriben, a velocidad variable y según técnicas diferentes en cada lugar, hora y humor, los más diversos componentes de la vida ordinaria: en lo que a mí concierne (pero sin duda es un ejemplo demasiado bien buscado, ya que una de mis principales actividades es precisamente la de escribir), desde una dirección tomada al vuelo, una cita anotada a toda prisa, un cheque, un sobre o un paquete, hasta la redacción laboriosa de una carta administrativa, rellenar con gran fastidio un formulario (declaración-de-impuestos, hoja-de-baja, petición-de-cobro-automático-de-recibos-de-gas-y-de-electricidad, hoja-de-suscripción, contrato, arriendo, acta, recibo, etc.) o la lista de las compras más urgentes (café, azúcar, serrín para el gato, libro de Baudrillard, bombilla de 75 wattios, pilas, ropa, etc.), desde la resolución de crucigramas de Robert Scipion que no son moco de pavo hasta la copia de un texto por fin en limpio, desde notas tomadas en una conferencia cualquiera hasta un garabato instantáneo de algo que podría ser útil (un juego de palabras, un chorro de palabras⁴, un juego de letras o eso que llamamos normalmente una «idea»), desde un «trabajo»

4. Nota de T. Se pierde en español el juego de palabras “jeu de mots” (juego de palabras/chorro de palabras)

literario (escribir, sí, ponerse ante la mesa y escribir, ponerse ante la máquina y escribir, escribir durante todo un día, o durante toda una noche, esbozar un proyecto, poner grandes I y pequeñas a, hacer bocetos, poner una palabra al lado de otra, mirar en un diccionario, recopiar, releer, rayar, desechar, reescribir, clasificar, encontrar, esperar a que llegue, tratar de arrancar algo que se parezca a un texto a algo que siempre parecerá un embadurnamiento inconsistente, conseguirlo, no conseguirlo, sonreír (a veces), etc.) hasta un trabajo sin más (elemental, alimentario⁵): en una revista que proporciona, en el dominio de las ciencias de la vida (*life sciences*), el sumario de casi todas las demás, marcar los títulos susceptibles de interesar a investigadores para quienes se me ha encargado conseguir la documentación bibliográfica, redactar fichas, reunir referencias, corregir pruebas, etc.

Et coetera.

5

Así comienza el espacio, sólomente con palabras, con signos trazados sobre la página blanca. Describir el espacio: nombrarlo, trazarlo, como los dibujantes de portulanos que saturaban las costas con nombres de puertos, nombres de cabos, nombres de caletas, hasta que la tierra sólo se separaba del mar por una cinta de texto continua. El alef, ese lugar borgesiano en que el mundo entero es simultáneamente visible, ¿acaso no es un alfabeto?

5. N. de T. Se pierde en español el juego de palabras “élémentaire”/“alimentaire” del original francés.

Espacio inventario, espacio inventado: el espacio comienza con ese mapa modelo que, en las antiguas ediciones del *Petit Larousse*, representaba en 60 cm² algo así como 65 términos geográficos milagrosamente juntos, deliberadamente abstractos: aquí el desierto, con su oasis, su *ued* y su *chott*, aquí la fuente y el arroyo, el torrente, la ría, el canal, el afluente, el río, el estuario, la desembocadura y el delta, aquí el mar y sus islas, su archipiélago, sus islotes, sus arrecifes, sus escollos, sus batientes, su cordón de litoral, y aquí el estrecho, y el istmo, y la península, y la ensenada y la bocana, y el golfo y la bahía, y el cabo y la caleta, y la punta, y el promontorio, y la península, aquí la laguna y el acantilado, aquí las dunas, aquí la playa, y las albuferas, y las marismas, aquí el lago, y aquí las montañas, el pico, el glaciar, el volcán, las estribaciones, la ladera, el puerto de montaña, el desfiladero, aquí la llanura, y la meseta, y el collado, y la colina; aquí la ciudad y su rada, y su puerto y su faro...

Simulacro de espacio, simple pretexto con nomenclatura: pero ni siquiera hace falta cerrar los ojos para que ese espacio suscitado por las palabras, espacio de diccionario únicamente, espacio sólo de papel, se anime, se pueble, se llene: un largo tren de mercancías arrastrado por una locomotora de vapor pasa por un viaducto; gabarras cargadas de grava surcan los canales; pequeños veleros maniobran en el lago; un gran transatlántico escoltado por remolcadores penetra en la rada; unos niños juegan al balón en la playa; por las sombrías sendas del oasis un árabe tocado con un gran sombrero de paja va al trote en su asno...

Las calles de la ciudad están llenas de automóviles. Una ama de casa con un pañuelo en la cabeza sacude una alfombra por la ventana. En los jardines de las afueras decenas de jardineros podan árboles frutales. Un destacamento militar presenta armas mientras un oficial con faja tricolor descubre la estatua de un general y la inaugura.

Hay vacas en los prados, viticultores en las viñas, leñadores en los bosques, cordadas de alpinistas en las montañas. Hay un cartero que sube penosamente con su bicicleta por una carretera llena de curvas. Hay unas lavanderas en la orilla del río, y unos peones camineros en la orilla de los caminos, y unas granjeras que dan de comer a las gallinas. Hay unos niños que salen al patio de la escuela en fila de a dos. Hay una mansión de finales de siglo completamente sola en medio de grandes edificios de cristal. Hay unas pequeñas cortinas de vichy en las ventanas, unos consumidores en las terrazas de los cafés, un gato que se calienta al sol, una señora cargada de paquetes que llama a un taxi, un centinela que monta guardia ante un edificio público. Hay unos basureros que llenan unos volquetes, unos revocadores de fachadas que instalan un andamio. Hay nodrizas en las plazuelas, librerías a lo largo de los paseos; hay cola ante la panadería, hay un señor que pasea a su perro, otro que lee su periódico sentado en un banco, otro mira a los obreros que están demoliendo una manzana de casas. Hay un agente que regula el tráfico. Hay pájaros en los árboles, marineros en el río, pescadores junto a los ribazos. Hay una tendera que levanta la persiana metálica de su tienda. Hay vendedores de castañas, poceros, vendedores de

periódicos. Hay gente que va al mercado.

Los lectores estudiosos leen en las bibliotecas. Los profesores dan sus clases. Los estudiantes toman apuntes. Los contables alinean columnas de cifras. Los aprendices de pasteleros envuelven con nata filas enteras de petisús. Los pianistas componen sus gamas. Sentados ante su mesa, meditabundos y concentrados, los escritores alinean palabras.

Imagen de Epinal. Espacio tranquilizador.

la cama

Durante mucho tiempo me acosté por escrito

Parcel Mroust

1

Generalmente la página se usa en el sentido de su mayor dimensión. Lo mismo que la cama. La cama (o, si se prefiere, el catre⁶) es un espacio rectangular, más largo que ancho, en el cual, o sobre el cual, uno se acuesta normalmente en sentido longitudinal. No se encuentran camas «a la italiana» más que en los cuentos de hadas (Pulgarcito y sus hermanos, y las siete hijas del Ogro, por ejemplo) o en condiciones absolutamente inhabituales y generalmente graves (éxodo, tras un bombardeo, etc.). Incluso cuando se usa la cama en su sentido más frecuente, si tienen que dormir varios juntos en ella, es casi siempre un signo de catástrofe: la cama es un instrumento concebido para el descanso nocturno de una o dos personas, pero no más.

6. N. de T. Nótese el juego de significantes y significados entre los términos “*la page*” (la página), “*le lit*” (la cama) y “*le page*” (el catre). Dicho juego se pierde en el trasvase al español.

La cama es pues el espacio individual por excelencia, el espacio elemental del cuerpo (la cama-mónada), que incluso el hombre más acribillado de deudas tiene derecho a conservar: los del juzgado no pueden llevarse *vuestra* cama; esto también quiere decir –y se puede verificar perfectamente en la práctica– que sólo tenemos una cama, que es *nuestra cama*; cuando hay otras camas en la casa o en el apartamento, decimos que son camas para las amistades, o camas adicionales. Sólo dormimos bien, al parecer, en nuestra propia cama.

2

Lit = île

Michel Leiris

Cuando leí *Vingt ans après, L'Île mystérieuse* y *Jerry dans l'île* lo hice tumbado tripa abajo en mi cama. La cama se convertía en cabaña de tramperos, o bote salvavidas en pleno océano tempestuoso, o baobab amenazado por un incendio, tienda levantada en el desierto, anfractuosidad propicia a unos centímetros de la cual pasaban unos enemigos con las manos vacías.

He viajado mucho al fondo de mi cama. Para sobrevivir llevaba unos azucarillos que robaba en la cocina y que escondía bajo mi almohada (me picaba...). El miedo –incluso el terror– estaba siempre presente a pesar de la protección de las mantas y de la almohada.

La cama: lugar de la amenaza informulada, lugar de los

contrarios, espacio del cuerpo solitario atestado de sus serrallos efímeros, espacio prescrito del deseo, lugar improbable del arraigo, espacio del sueño y de la nostalgia edípica:

*Heureux qui peut dormir sans peur et sans remords
Dans le lit paternel, massif et vénérable
Où tous les siens sont nés aussi bien qu'ils sont morts.*

José-María de Heredia (*Trophées*)

3

Me gusta mi cama. La tengo desde hace poco más de dos años. Antes pertenecía a una de mis amigas que se mudó a un apartamento tan minúsculo que su cama, a pesar de tener unas dimensiones absolutamente ortodoxas, apenas entraba en la zona prevista para recibidor; entonces me la cambió por la que yo tenía y que era ligeramente más estrecha.

(Un día escribiré –ver el capítulo siguiente– la historia, entre otras, de mis camas).

Me gusta mi cama. Me gusta estar tumbado sobre mi cama y mirar el techo plácidamente. De buena gana le dedicaría lo esencial de mi tiempo (y principalmente de las mañanas) si ocupaciones consideradas más urgentes (me resultaría fastidioso hacer la lista) no me lo impedirían tan a menudo. Me gustan los techos, me gustan las molduras y los rosetones: a menudo me sirven de musa y la maraña de las florituras de estuco me remite fácilmente a esos otros laberintos que tejen los fantasmas, las

ideas y las palabras. Pero ya nadie se ocupa de los techos. Los hacen desesperadamente rectilíneos o, peor aún, los adornan con vigas presuntamente falsas.

Una tabla ancha me sirvió de cabecera durante mucho tiempo. Salvo los alimentos sólidos (normalmente no tengo hambre cuando estoy en la cama), allí tenía reunido todo lo que era indispensable, tanto en el dominio de lo necesario como en el de lo fútil: una botella de agua mineral, un vaso, un par de tijeras para uñas (desgraciadamente melladas), una colección de crucigramas del ya citado Robert Scipion (aprovecho la ocasión para hacerle un minúsculo reproche: en la 43^a cuadrícula del citado crucigrama, por lo demás excelente, de forma implícita ha escrito «néanmoins» con 2 «M», lo cual, evidentemente, desvirtuaba por completo el horizontal correspondiente (que decentemente no podía escribirse “asomnoir”) y comprometía sensiblemente la solución del problema), un paquete de pañuelos de papel, una brocha de pelo duro que me permitía dar al pelaje de mi gato (que además era una gata) un lustre que causaba admiración a todo el mundo, un teléfono, gracias al cual podía no sólo informar a mis amigos sobre mi salud sino responder a innumerables corresponsales de que yo no era la Société Michelin, un aparato de radio completamente transistorizado que difundía todo el santo día, si estaba de humor, diversas músicas de género interrumpidas con informaciones susurradas concernientes a los embotellamientos, unas cuantas decenas de libros (algunos que me había propuesto leer y no conseguía leer, otros que releía sin cesar), álbumes de cómics, pilas de periódicos, un equipo completo de fumador, diversas agendas, libretas de apuntes, cuadernos y hojas sueltas, un despertador, evi-

dentamente, un tubo de Alka-Seltzer (vacío), otro de aspirinas (medio lleno o, si se prefiere, medio vacío), otro, también, de cequinyl (medicación antigripal: casi intacto), una lámpara, por supuesto, varios prospectos que siempre olvidaba tirar a la basura, cartas, rotuladores, bolígrafos (unos y otros agotados a menudo...), lápices, un sacapuntas, una goma (estos tres últimos artículos destinados precisamente a la resolución de los citados crucigramas), un guijarro recogido en la playa de Dieppe, otros pequeños recuerdos y un calendario de correos.

4

Algunas banalidades más:

Pasamos más de un tercio de la vida en una cama.

La cama es uno de esos extraños lugares en que se está en posición grosso modo horizontal. Las otras tienen un uso mucho más especializado: mesa de operaciones, banco de sauna, tumbona, playa, diván de psicoanalista...

Técnicas del sueño: la noción de que el acostarse es algo natural es completamente inexacta (Marcel Mauss, "Les techniques du corps", en *Sociologie et Anthropologie*, p. 378; el párrafo, por desgracia demasiado sucinto, podría ser citado en su totalidad.)

Leer: FLUSSER, V. Du Lit. Cause commune 2, n° 5, 21-27 (1973).

¿Y la hamaca? ¿Y el jergón? ¿Y los catres? ¿Y las camas-armario? ¿Y los divanes profundos como tumbas? ¿Y los camastros? ¿Y las literas del tren? ¿Y las camas de campaña? ¿Y los sacos de dormir sobre colchonetas neumáticas colocadas sobre una alfombrilla?

la habitación

1

Fragmentos de un trabajo en curso

Conservo un recuerdo excepcional, incluso creo que prodigioso, de todos los lugares donde he dormido, salvo los de mi primera infancia— hasta que acabó la guerra —que se confunden todos en la grisalla indiferenciada de un dormitorio de colegio. Para los demás me basta simplemente, cuando estoy acostado, con cerrar los ojos y pensar con un mínimo de aplicación en un lugar dado para que casi instantáneamente todos los detalles de la habitación, el emplazamiento de las puertas y ventanas, la disposición de los muebles, me vuelvan a la memoria, para que con precisión tenga la sensación casi física de estar acostado de nuevo en esa habitación.

Así:

ROCK (Cornualles)
Verano de 1954.

Cuando se abre la puerta, la cama está inmediatamente a la izquierda. Es una cama muy estrecha, y la habitación también es muy estrecha (la anchura de la cama más la anchura de la puerta, o sea apenas un poco más de un metro cincuenta, centímetro más o menos) y no es mucho más larga que ancha. En la prolongación de la cama hay un pequeño guardarropa. Al fondo una ventana de guillotina. A la derecha, una mesa de aseo con encimera de mármol, una palangana y una jarra de agua, que creo no utilicé demasiado.

Estoy casi seguro de que había una reproducción enmarcada en la pared de la izquierda, enfrente de la cama: no importa qué estampa era, pero quizá se trataba de un Renoir o un Sisley.

El suelo estaba revestido de linóleo. No había ni mesa, ni sofá, aunque sí quizá una silla junto a la pared izquierda: donde tiraba mi ropa antes de acostarme; creo que nunca llegué a sentarme en ella: sólo iba a la habitación para dormir. Estaba en el tercero y último piso de la casa, debía tener cuidado al subir las escaleras cuando volvía tarde para no despertar a mi casera y a su familia.

Estaba de vacaciones, acababa de terminar el bachillerato; en principio debía vivir en una pensión que acogía a bachilleres franceses enviados por sus padres para que perfeccionaran el manejo de la lengua inglesa. Pero la pensión estaba llena y había sido alojado en una casa particular.

Todas las mañanas mi casera abría la puerta y depositaba al pie de mi cama un tazón humeante de *morning tea* que, invariablemente, yo bebía frío. Siempre me levantaba tarde y sólo una vez o dos conseguí llegar a tiempo para tomar el copioso *breakfast* que se servía en la pensión.

Hay que recordar que fue aquel verano cuando, como

consecuencia de los Acuerdos de Ginebra y de las negociaciones con Túnez y Marruecos, el planeta entero conoció la paz por primera vez después de varios decenios: esta situación no se prolongó más que unos pocos días y no creo que se haya vuelto a producir desde entonces.

Los recuerdos se aferran a la estrechez de aquella cama, a la estrechez de aquella habitación, a la actitud tenaz de aquel té demasiado fuerte y demasiado frío: aquel verano me eché unos cuantos tragos de *pinks* de ginebra con una gotita de angostura, ligué (más bien infructuosamente) con la hija de un hilandero que había regresado recientemente de Alejandría, decidí hacerme escritor, cogí el vicio de tocar en unos armonios de campo la única melodía que he conseguido aprender en toda mi vida: las 54 primeras notas —con la mano derecha, mientras que la izquierda renunciaba a seguir las más de las veces— de un preludio de Juan Sebastián Bach...

El espacio resucitado de la habitación basta para reanimar, para devolver, para reavivar los recuerdos más fugaces, más anodinos, así como los más esenciales. La única certidumbre cenestésica de mi cuerpo sobre la cama, la única certidumbre topográfica de la cama en la habitación, reactiva mi memoria, le da una agudeza, una precisión que casi nunca tiene en otras situaciones. Del mismo modo que una palabra sacada de un sueño restituye, apenas escrita, todo un recuerdo de aquel sueño, aquí, el solo hecho de saber (casi sin tenerlo que buscar, simplemente echándose unos instantes y cerrando los ojos) que la pared estaba a mi derecha, la puerta cerca de mí a la izquierda (levantando el brazo podía tocar el picaporte), la ventana enfrente, hace surgir instantáneamente y en

desordenen una oleada de detalles cuya vivacidad me deja patidifuso: aquella chica con maneras de muñeca, aquel inglés inmensamente alto que tenía la nariz ligeramente torcida (le volví a ver en Londres cuando fui a pasar tres días al final de aquella estancia pseudo-lingüística: me llevó a un pub inundado de verdor que, desgraciadamente, no he vuelto a encontrar jamás y a un concierto-paseo en el Albert Hall, donde estoy orgulloso de haber oído, casi con seguridad bajo la dirección de Sir John Barbi-rolí, un concierto para armónica y orquesta especialmente escrito para Larry Adler...), los *marshmallows*, los Rock rocks (pirulís decorados, especialidades de los balnearios; el más conocido es el Brighton Rock que es, además un juego de palabras –hay un risco en Brighton y hay acantilados en Etretat–, el título de una novela de Graham Greene; en el mismo Rock, era difícil escapar de él), la playa gris, el mar frío y los paisajes de sotobosque, con sus viejos puentes de piedra, propicios para la aparición de duendes o fuegos fatuos...

Porque, sin duda, el espacio de la habitación funciona en mí como una magdalena proustiana (este proyecto se realiza bajo su invocación evidentemente: y no quisiera ser otra cosa que el estricto desarrollo de los párrafos 6 y 7 del primer capítulo de la primera parte (*Combray*) del primer volumen (*Du côté de chez Swann*) de *À la recherche du temps perdu*, por ello me propuse hace varios años ya realizar el inventario, tan exhaustivo y preciso como fuera posible, de todos los *Lugares donde he dormido*. Al día de hoy prácticamente no he comenzado todavía a describirlos; sin embargo creo que más o menos los he conseguido repertoriar todos: hay alrededor de doscientos

(cada año apenas si se añaden ya una media docena: me he vuelto bastante casero). Todavía no he decidido el modo definitivo de clasificarlos. Seguramente no por orden cronológico. Sin duda tampoco por orden alfabético (aunque todavía sea el único orden cuya pertinencia no hay que justificar). Quizá según su disposición geográfica, lo cual acentuaría el aspecto «guía» de esta obra. O bien probablemente según una perspectiva temática que podría desembocar en una suerte de tipología de los dormitorios:

1. *Mis* habitaciones
2. Dormitorios y camaretas
3. Habitaciones amigas
4. Habitaciones de amigos
5. Lechos de fortuna (diván, moqueta + cojines, alfombra, hamaca, etc.)
6. Casas de campo
7. Chalets de alquiler
8. Habitaciones de hotel
 - a) hoteles míseros, bien provistos, amueblados
 - b) palacios
9. Condiciones inhabituales: noches en tren, en avión, en coche; noches en un barco; noches de guardia; noches en comisaría; noches en una tienda de campaña; noches de hospital; noches en blanco, etc.

En algunas de estas habitaciones he pasado varios meses, varios años; en la mayoría sólo he pasado algunos días o algunas horas; quizá resulta temerario por mi parte pretender acordarme de cada una de ellas: ¿cuál era el

dibujo del papel pintado de aquella habitación del hotel *Lion d'Or*, en Saint-Chely-d'Apcher (el nombre —mucho más sorprendente cuando se dice que cuando se escribe— de este cabeza de partido de Lozère se me había metido en la cabeza, por razones que ignoro, desde mi clase de tercero y había insistido mucho para que nos paráramos allí)? Pero las mayores revelaciones las espero evidentemente de los recuerdos resurgidos de aquellas habitaciones.

2

Pequeño problema

Cuando en una habitación dada se cambia de sitio la cama, ¿se puede decir que se cambia la habitación, o qué?

(Cf. topo-análisis).

3

Vivir en una habitación ¿qué es? Vivir en un sitio ¿es apropiárselo? ¿Qué es apropiarse de un sitio? ¿A partir de qué momento un sitio es verdaderamente de uno? ¿Cuando se han puesto a remojo los tres pares de calcetines en un barreño de plástico rosa? ¿Cuando se han recalentado unos espaguetis en un camping-gas? ¿Cuando se han utilizado todas las perchas descabaladas del guardarropa? ¿Cuando se ha clavado en la pared una vieja postal que representa el sueño de Santa Úrsula de Car-

paccio? ¿Cuando se han experimentado allí las ansias de la espera, o las exaltaciones de la pasión, o los tormentos del dolor de muelas? ¿Cuando se han vestido las ventanas con cortinas al gusto y colocado el papel pintado y acuchillado el parquet?

4

Pequeño pensamiento plácido nº 1

Cualquier propietario de un gato dirá con razón que los gatos viven en las casas mucho mejor que los hombres. Incluso en los espacios más horriblemente cuadrados, saben encontrar los rincones propicios.

Pequeño pensamiento plácido nº 2

El tiempo que pasa (mi Historia) deposita residuos que van apilándose: fotos, dibujos, carcacas de bolígrafos-rotuladores ya secos desde hace tiempo, carpetas, vasos perdidos y vasos no devueltos, envolturas de puros, cajas, gomas, postales, libros, polvo y chucherías: lo que yo llamo mi fortuna.

el apartamento

1

Durante dos años tuve a una anciana como vecina. Hacía setenta años que vivía en el edificio, era viuda desde hacía sesenta. Durante los últimos años de su vida, tras haberse roto el cuello del fémur, nunca fue más allá del descansillo de su piso. La portera o un muchacho del edificio le hacían las compras. Varias veces me paró en la escalera para preguntarme qué día era. Un día fui a buscarle una loncha de jamón. Me ofreció una manzana y me invitó a entrar en su casa. Vivía entre muebles extremadamente oscuros y pasaba las horas muertas sacándoles lustre.

2

Hace algunos años a uno de mis amigos se le ocurrió la idea de vivir un mes entero en un aeropuerto internacional sin salir de él (o por lo menos, ya que todos los aeropuertos internacionales son idénticos por definición, salir sólo para tomar un avión que le condujera a otro aeropuerto internacional). Por lo que sé, nunca llegó a reali-

zar aquel proyecto, pero no veo qué habría podido impedírsele objetivamente: lo esencial de las actividades vitales y la mayoría de las actividades sociales puede llevarse a cabo sin demasiados problemas en el ámbito de un aeropuerto internacional: allí encontramos profundos sofás y asientos no demasiado incómodos e, incluso a menudo, salas de descanso donde los viajeros en tránsito pueden echar un sueñecito; allí encontramos aseos, baños-duchas y frecuentemente saunas y baños turcos; allí encontramos peluqueros, callistas, enfermeras, masajistas-kinesiterapeutas, limpiabotas, talleres de planchado-en-un-minuto que también tienen la bondad de reparar las suelas y hacer una copia de unas llaves, relojeros y ópticos; allí encontramos restaurantes, bares y cafeterías, comerciantes de cuero y perfumes, floristas, librereros, vendedores de discos, comerciantes de tabacos y confiteiros, comerciantes de estilográficas y fotógrafos; allí encontramos tiendas de alimentación, cines, correos, servicios de secretaría volante y por supuesto una caterva de bancos (puesto que en nuestros días es prácticamente imposible vivir sin tener relación con un banco).

El interés de tal empresa radicaría sobre todo en su exotismo: un desplazamiento más aparente que real de las costumbres y de los ritmos, pequeños problemas de adaptación incluidos. Lo cual sin duda se haría pesado muy pronto; a fin de cuentas, sería demasiado fácil y en consecuencia, poco convincente: un aeropuerto visto desde este ángulo no es otra cosa que una especie de galería comercial: un simulacro de barrio; y ofrece poco más o menos las mismas prestaciones que un hotel. Así pues no se podría sacar de tal empresa ninguna conclusión práctica, ni en el sentido de la subversión, ni en el sentido de

la aclimatación. Como mucho, podría servir de tema de reportaje, o como punto de partida para un diálogo cómico más.

3

Una habitación es una pieza en la que hay una cama; un comedor es una pieza en la que hay una mesa y sillas y, a menudo, un aparador; un salón es una pieza en la que hay unos sillones y un diván; una cocina es una pieza en la que hay un fogón y una toma de agua; un cuarto de baño es una pieza en la que hay una toma de agua encima de una bañera; cuando sólo hay una ducha se llama aseo; cuando sólo hay un lavabo se llama cuarto de aseo; una entrada es una pieza en la que al menos una de las puertas da al exterior del apartamento; accesoriamente se puede encontrar un perchero; una habitación de niños es una pieza en la que está un niño; un escobero es una pieza en la que se meten las escobas y la aspiradora; una habitación de servicio es una pieza que se alquila a un estudiante.

De esta enumeración —que podría continuarse fácilmente— se pueden sacar estas dos conclusiones elementales que propongo a título de definiciones:

1. Todo apartamento está compuesto de una cantidad variable, pero limitada, de piezas;
2. Cada pieza tiene una función particular.

Parece difícil o parece incluso irrisorio poner en duda

estas evidencias. Los apartamentos están contruidos por arquitectos que tienen ideas muy precisas sobre qué debe ser una entrada, una sala de estar (*living-room*, recepción), una habitación de los papás, una habitación del niño, una habitación de la criada, un *pasillo*, una cocina o un cuarto de baño. Sin embargo, al principio todas las piezas se parecen poco o mucho, no vale la pena tratar de impresionarnos con historias de módulos y otras pamplinas: sólo son una especie de cubos, digamos que son unos paralelepípedos rectangulares; y por lo menos siempre hay una puerta y, todavía a menudo, una ventana; tienen calefacción, pongamos que por radiadores, y están equipados con uno o dos enchufes (muy raramente más, pero no quiero empezar a hablar de la mezquindad de los contratistas porque no terminaría nunca). En suma, una pieza es un espacio maleable.

No sé, no quiero saber, dónde comienza y dónde termina lo funcional. Lo que me parece en todo caso es que en la división modelo de los apartamentos de hoy, lo funcional funciona según un procedimiento unívoco, secuencial, y nictemeral⁷: las actividades cotidianas corresponden a fases horarias y a cada fase horaria corresponde una de las piezas del apartamento. Véase a continuación un modelo apenas caricaturesco:

07.00 La madre se levanta y va a preparar
el desayuno a la

COCINA

07.15 El niño se levanta y va al

BAÑO

7. ¡Ésta es la frase más bonita del libro!

07.30	El padre se levanta y va al	BAÑO
07.45	El padre y el niño toman el desayuno en la	COCINA
08.00	El niño coge su abrigo en la y se va a la escuela	ENTRADA
08.15	El padre coge su abrigo de la y se va a la oficina	ENTRADA
08.30	La madre se asea en el	BAÑO
08.45	La madre coge el aspirador en el y realiza la limpieza (pasa por todas las piezas del apartamento pero renuncio a enumerarlas)	ESCOBERO
09.30	La madre coge la cesta de la compra en la y su abrigo en la y se va al mercado	COCINA ENTRADA
10.30	La madre vuelve del mercado y deja su abrigo en la	ENTRADA
10.45	La madre prepara la comida en la	COCINA
12.15	El padre vuelve de la oficina y cuelga su abrigo en la	ENTRADA
12.30	El padre y la madre comen en el (el niño come en la escuela)	COMEDOR
13.15	El padre coge su abrigo en la y vuelve a la oficina	ENTRADA
13.30	La madre friega los platos en la	COCINA
14.00	La madre coge su abrigo en la y sale de paseo o a hacer compras antes de ir a buscar al niño a la salida de la escuela	ENTRADA
16.15	La madre y el niño vuelven y dejan sus abrigos en la	ENTRADA

16.30	El niño toma su merienda en la	COCINA
16.45	El niño va a hacer los deberes a su	HABITACION
18.30	La madre prepara la cena en la	COCINA
18.45	El padre vuelve de la oficina y deja su abrigo en la	ENTRADA
18.50	El padre va a lavarse las manos en el	BAÑO
19.00	Toda la familia cena en el	COMEDOR
20.00	El niño va a lavarse los dientes al	BAÑO
20.15	El niño va a acostarse a su	HABITACION
20.30	El padre y la madre van al ven la televisión, o bien escuchan la radio o juegan a cartas, o el padre lee el periódico mientras la madre cose, en fin, se entretienen haciendo algo	SALÓN
21.45	El padre y la madre van a lavarse los dientes al	BAÑO
22.00	El padre y la madre van a acostarse a su	HABITACIÓN

Como se puede ver en este modelo, del que me gustaría subrayar su carácter ficticio y a la vez problemático sin por ello dejar de ser consciente de su precisión elemental (nadie vive exactamente así, por supuesto, pero es así y no de otro modo como los arquitectos y los urbanistas nos ven vivir o quieren que vivamos), como se puede ver entonces, por un lado el salón y la habitación apenas tienen más importancia que el escobero (en el escobero se guarda el aspirador; en la habitación están los cuerpos extenuados: lo cual remite a las mismas funciones de recuperación y de mantenimiento) y, por otro lado, mi modelo no se modificaría prácticamente si en lu-

gar de tener, como aquí, espacios separados por paredes que delimitan una habitación, un salón, un comedor, una cocina, etc., se considerara la posibilidad, como se hace hoy muy a menudo, de un espacio presuntamente único y pseudo-modulable (habitáculo, estancia, etc.): entonces tendríamos no una cocina sino un rincón-cocina, no una habitación sino un rincón-descanso, no un comedor sino un rincón-comida.

Es fácil imaginar un apartamento cuya disposición respondería, no ya a actividades cotidianas, sino a funciones de relaciones: no es de otro modo además como se realizaba el reparto modelo de las piezas llamadas de recepción en las mansiones particulares del siglo XVIII o en los grandes apartamentos burgueses de finales de siglo: una serie de salones en hilera, encabezada por un gran vestíbulo y cuya especificación se apoya en variaciones mínimas que giran todas alrededor de la noción de recepción: gran salón, pequeño salón, despacho del señor, camarín de la señora, sala de fumar, biblioteca, billar, etc.

Hace falta sin duda un poquito más de imaginación para representarse un apartamento cuyo reparto estuviera fundado sobre funciones sensoriales: es fácil concebir lo que podría ser un gustatorio o un auditorio, pero a qué podría parecerse un vistatorio, un fumatorio, o un palpatorio...

De un modo apenas más transgresivo se puede pensar en un reparto basado no ya en ritmos circadianos sino en ritmos heptadianos⁸: esto daría apartamentos de siete piezas llamadas respectivamente: el lunetorio, el marte-

8. Un hábitat basado en un ritmo circa-anual puede darse en algunos casos de afortunados que disponen de suficientes residencias como para

torio, el miercoletorio, el juevetorio, el viernetorio, el sabbodtorio y el domingotorio. Estas dos últimas piezas, nótese, ya existen, comercializadas abundantemente bajo el nombre de «segundas residencias» o «casas de fin de semana». No es más estúpido imaginar una pieza consagrada exclusivamente al lunes que construir chalets que sólo *sirven* para sesenta días al año. El lunetorio podría ser perfectamente una lavandería (nuestros ancestros rurales hacían su colada el lunes) y el martetorio un salón (nuestros ancestros urbanos recibían normalmente todos los martes). Todo esto apenas nos haría salir de lo funcional. Mejor sería, de paso, imaginar una disposición temática, un poco análoga a la que existía en los burdeles (tras su cierre, y hasta los años 50, se convirtieron en casas para estudiantes; varios amigos míos han vivido en una vieja «casa» de la calle Arcade: uno de ellos vivía en «la habitación de las torturas», otro en «el avión» (cama en forma de carlinga, falsas ventanillas, etc.), un tercero en «la cabaña del trampero» (paredes tapizadas con falsos troncos, etc.); estos hechos merecían ser recordados y particularmente al autor del artículo «Habiter l'inhabituel» (Cause commune, I, nº 2, 13-16, 1972) que es igualmente el estimado director de la colección en que aparece esta obra): el lunetorio por ejemplo sería la imitación de un barco; se dormiría en hamacas, se limpiaría

poder esforzarse en conciliar su sentido de los valores, su gusto por los viajes, las condiciones climáticas y los imperativos culturales. Los encontraremos, por ejemplo, en enero en México, en febrero en Suiza, en Marzo, en Venecia, en abril en Marrakech, en mayo en París, en junio en Chipre, en julio en Beirut, en agosto en Dordoña, en septiembre en Escocia, en octubre en Roma, en noviembre en la Costa Azul y en diciembre en Londres...

el suelo echando agua encima y se comería pescado; el martetorio, por qué no, conmemoraría una de las grandes conquistas del hombre sobre la naturaleza, el descubrimiento del Polo (norte o sur, a elegir), o la ascensión del Everest: la pieza no tendría calefacción, se dormiría bajo espesas pieles, la alimentación sería a base de *pemmican* (*corned-beef* los fines de mes, carne de los Grisones los días faustos); el miercoletorio glorificaría a los niños evidentemente: desde hace algún tiempo es el día en que no van a la escuela; podría ser una especie de palacio de Dame Tartine: las paredes serían de alajú y los muebles de plastilina, etc., etc.

4

De un espacio inútil

En varias ocasiones he tratado de pensar en un apartamento donde hubiera una pieza inútil, absoluta y deliberadamente inútil. No se trataba de un trastero, no era una habitación suplementaria, ni un pasillo, ni un cuchitril, ni un recoveco. Habría sido un espacio sin función. No habría servido para nada, no habría remitido a nada.

A pesar de mis esfuerzos me fue imposible llevar a cabo este pensamiento, esta imagen, hasta el final. El mismo lenguaje, me parece, se reveló incapaz para describir esa nada, ese vacío, como si sólo se pudiera hablar de lo que es pleno, útil y funcional.

Un espacio sin función. No «sin función precisa», sino precisamente sin función; no pluri-funcional (esto todo el mundo lo sabe hacer), sino a-funcional. Evidentemen-

te no habría sido un espacio destinado únicamente a «liberar» los otros (cuarto trastero, armario empotrado, guardarropa, estanterías, etc.) sino un espacio, repito, que no habría servido para nada.

A veces llego a no pensar en nada, y ni siquiera como el Amigo Pierrot a la muerte de Louis XVI: de repente me doy cuenta de que estoy aquí, que el metro acaba de pararse y que tras abandonar Dugommier unos noventa segundos antes, aunque parezca imposible, ahora estoy en Daumesnil. Pero, en este caso, no he llegado a pensar la nada. ¿Cómo pensar la nada? ¿Cómo pensar la nada sin poner automáticamente algo alrededor de esa nada, lo cual produce un agujero, en el que rápidamente se va a poner algo, una práctica, una función, un destino, una mirada, una necesidad, una ausencia, un excedente...?

Traté de seguir con docilidad esta idea tan difusa. Y encontré muchos espacios inutilizables, y muchos espacios inutilizados. Pero no quería nada inutilizable, ni tampoco nada inutilizado, sino algo que fuera inútil. ¿Cómo prescindir de las funciones, los ritmos, las costumbres, cómo prescindir de la necesidad? Me imaginé que vivía en un apartamento inmenso, tan inmenso que nunca conseguía acordarme de cuántas piezas tenía (lo supe tiempo atrás, pero lo había olvidado y sabía que era demasiado viejo para volver a empezar un recuento tan complicado): todas las piezas servirían para algo, menos una. La cosa era encontrar esta última. En una palabra, no era más difícil que encontrar, en el caso de los lectores de *La Biblioteca de Babel*, el libro que tenía la clave de los demás. Efectivamente era algo muy próximo al vértigo borgesiano el hecho de

querer representarse una sala reservada para la audición de la Sinfonía n° 48 en do, llamada MariaTheresa, de Joseph Haydn, otra dedicada a la lectura del barómetro o a la limpieza de mi dedo gordo del pie derecho...

Pensé en el viejo príncipe Bolkonski que, cuando le inquieta la suerte de su hijo, busca en vano durante toda la noche de habitación en habitación, con una antorcha en la mano y seguido de su servidor Tikhone con unas mantas de piel, la cama donde al fin cogerá el sueño. Pensé en una novela de ciencia-ficción en la que la noción de hábitat habría desaparecido; pensé en otro relato de Borges (*El Inmortal*) en el que unos hombres que habían perdido la necesidad de vivir y de morir construyen palacios en ruina y escaleras inutilizables; pensé en grabados de Escher y en cuadros de Magritte; pensé en una gigantesca caja de Skinner: una habitación enteramente negra, un único botón en una de las paredes; al apretar el botón aparecía durante un breve instante algo así como una cruz de Malta gris sobre fondo blanco...; pensé en las grandes pirámides y en el interior de la iglesia de Saenredam; pensé en algo japonés; pensé en el vago recuerdo que tenía de un texto de Heissenbüttel en el que el narrador descubre una pieza sin puertas ni ventanas; pensé en sueños que había tenido sobre el mismo tema, cuando descubría en mi propio apartamento una pieza que no conocía...

Jamás llegué a algo realmente satisfactorio. Pero creo que no perdí completamente el tiempo al tratar de franquear ese límite improbable: tengo la impresión de que a través de este esfuerzo se transparenta algo que podría tener estatuto de habitable...

Mudarse

Dejar un apartamento. Desocupar una casa. Levantar el campo. Despejar. Ahuecar el ala.

Inventariar ordenar clasificar seleccionar

Eliminar tirar vender

Romper

Quemar

Bajar desellar desclavar despegar desatornillar descolgar

Desconectar soltar cortar sacar desmontar doblar cortar

Enrollar

Empaquetar embalar apretar anudar apilar juntar amontonar atar envolver proteger recubrir cerrar apretar

Recoger llevar levantar

Barrer

Cerrar

Marcharse

Instalarse

limpiar verificar probar cambiar acondicionar firmar esperar imaginar inventar invertir decidir ceder doblar curvar enfundar equipar desnudar partir enrollar volver golpear refunfuñar sombrear modelar centrar proteger entoldar amasar arrancar cortar conectar esconder soltar accionar instalar chapucear encolar romper atar pasar apilar amontonar planchar pulir consolidar hundir enclavijar enganchar ordenar serrar fijar clavar marcar anotar calcular subir medir dominar ver apeaar pesar con

todo su peso embadurnar apomazar pintar frotar rascar
enlazar subir tropezar franquear extraviar hallar revolver
tumbarse a la bartola cepillar enmasillar desguarnecer
camuflar enmasillar ajustar ir y venir lustrar dejar secar
admirar extrañarse exasperarse impacientarse sobreseer
apreciar añadir intercalar sellar clavar atornillar fijar co-
ser ponerse en cuclillas encaramarse enfriarse centrar ac-
ceder lavar evaluar contar sonreír sostener restar multi-
plicar quedarse plantado esbozar comprar adquirir re-
cibir devolver desembalar deshacer orlar encuadrar en-
gastar observar considerar soñar fijar agujerear estrenar
una casa acampar profundizar alzar procurarse sentarse
adosar apuntalar enjuagar desatascar completar clasificar
barrer suspirar silbar mientras se trabaja humedecer
encapricharse arrancar fijar carteles pegar jurar insistir
trazar acuchillar cepillar pintar agujerear conectar alum-
brar cebar soldar curvarse desclavar sacar punta atorni-
llar distraerse disminuir sostener agitar antes de usar afi-
lar extasiarse rematar atrancar rascar desempolvar ma-
niobrar pulverizar equilibrar verificar humedecer tapo-
nar vaciar triturar esbozar explicar encogerse de hombros
acoplar dividir andar de aquí para allá hacer tensar cro-
nometrar yuxtaponer acercar casar blanquear lacar volver
a tapar aislar arquear prender ordenar enjalbegar fijar
recomenzar intercalar extender lavar buscar entrar soplar
instalarse
habitar
vivir

puertas

Nos protegemos, nos parapetamos. Las puertas paran y separan.

La puerta rompe el espacio, lo escinde, impide la ósmosis, impone los tabiques: por un lado estoy yo y *mi-casa*, lo privado, lo doméstico (el espacio recargado con mis propiedades: mi cama, mi moqueta, mi mesa, mi máquina de escribir, mis libros, mis números descabalados de *La Nouvelle Revue Française...*), por otro lado están los demás, el mundo, lo público, lo político. No se puede ir de uno a otro dejándose llevar, no se pasa de uno a otro ni en un sentido ni en otro: es necesaria una contraseña, hay que franquear el umbral, hay que demostrar que uno tiene carta blanca, hay que efectuar una comunicación, como el prisionero que se comunica con el exterior.

En la película *Planète interdite*, algunas de las características morfológicas de sus antiguos constructores pueden deducirse a partir de la forma triangular y del enorme tamaño de las puertas; la idea es tan espectacular como gratuita (¿por qué triangular?) pero si no hubiera habido ninguna puerta se habrían podido sacar conclusiones mucho más sorprendentes.

¿Cómo ser preciso? No se trata de abrir o no abrir su puerta, no se trata de «dejar su llave en la puerta»; el

problema no es que haya llaves o no: si no hubiera puerta, no habría llave.

Evidentemente es difícil imaginar una casa que no tuviera puerta. Un día vi una, hace varios años, en Lansing, Michigan, Estados Unidos de América. Había sido construida por Frank Lloyd Wright: primero había que seguir un sendero suavemente sinuoso a la izquierda del cual se elevaba, muy progresivamente e incluso con extrema indolencia, una ligera pendiente que, oblicua al principio, se aproximaba poco a poco a la vertical. Lentamente, como por azar, sin pensarlo, sin que en ningún instante pudiera afirmarse la percepción de una especie de transición, de corte, de paso, de solución de continuidad, el sendero se volvía pedregoso, porque al principio no había más que hierba y luego empezaban a aparecer piedras entre la hierba, y después más piedras, hasta convertirse en una calle enlosada y herbosa, aunque a la izquierda la pendiente del terreno comenzaba a parecerse muy vagamente a un murete, luego a un muro en *opus incertum*. Después aparecía una especie de techado de claraboya prácticamente inseparable de la vegetación que lo invadía. Pero de hecho ya era tarde para saber si se estaba fuera o dentro: al final del sendero, las losas estaban unidas por los bordes y era lo que se llama habitualmente una entrada que daba directamente a una gigantesca pieza, una de cuyas prolongaciones terminaba además en una terraza adornada con una gran piscina. El resto de la casa no era menos relevante, no sólo por su confort, ni siquiera por su lujo, sino porque se tenía la impresión de que se había insertado en su colina como un gato que se arrebujaba con un cojín.

El poco interés de esta anécdota es tan moral como previsible: una decena de casas más o menos semejantes estaban diseminadas dentro del perímetro de un club de golf privado. El golf estaba enteramente cercado; unos guardas que, fácil era de imaginar, estaban armados con carabinas de cañones recortados (en mi juventud había visto muchas películas americanas), vigilaban la única verja de entrada.

escaleras

No pensamos demasiado en las escaleras.

Lo más bonito de las casas antiguas eran las escaleras. Y son lo más feo, lo más frío, lo más hostil, lo más mezquino de los edificios de hoy en día.

Deberíamos aprender a vivir mucho más en las escaleras. Pero ¿cómo?

paredes

¿Qué pasa detrás de un muro cualquiera?

Jean Tardieu

Cuelgo un cuadro en la pared. Enseguida me olvido de que allí hay una pared. Ya no sé lo que hay detrás de esa pared, ya no sé que hay una pared, ya no sé que esa pared es una pared, ya no sé qué es eso de una pared. Ya no sé que en mi apartamento hay paredes y que, si no hubiera paredes, no habría apartamento. La pared ya no es lo que delimita y define el lugar en que vivo, lo que le separa de los otros lugares donde viven los demás, ya no es más que un soporte para el cuadro. Pero también me olvido del cuadro, ya no lo miro, ya no sé mirarlo. He colgado el cuadro en la pared para olvidar que allí había una pared pero, al olvidar la pared, me olvido también del cuadro. Hay cuadros porque hay paredes. Es necesario olvidar que hay paredes y, para ello, no se ha encontrado nada mejor que los cuadros. Los cuadros eliminan las paredes. Pero las paredes matan los cuadros. O, si no, habría que cambiar continuamente, bien de pared, bien de cuadro, colgar de continuo otros cuadros en las paredes, o cambiar el cuadro de pared todo el tiempo.

Podríamos escribir en las paredes (como se escribe a

veces en las fachadas de las casas, en las empalizadas de las obras, en los muros de las prisiones), pero rara vez lo hacemos.

el inmueble

1

Proyecto de novela

Me imagino un inmueble parisiense cuya fachada ha desaparecido –una especie de equivalente del tejado levantado en «El diablo cojuelo» o de la escena de juego del Go representada en el *Gengi monogatari emaki*– de modo que, desde el entresuelo a las buhardillas, todas las habitaciones que se encuentran delante sean visibles instantánea y simultáneamente.

La novela –cuyo título es *La Vida instrucciones de uso*– se limita (si puedo emplear este verbo para un proyecto cuyo desarrollo final alcanzará algo así como cuatrocientas páginas) a describir las habitaciones puestas al descubierto y las actividades que en ellas se desarrollan, todo ello según procesos formales en cuyo detalle no me parece obligado entrar aquí, pero cuyos solos enunciados me parece que tienen algo de seductor: poligrafía del caballo (y lo que es más, adaptada a un damero de 10 x 10), pseudo-queenina de orden 10, bi-cuadrado latino ortogonal de orden 10 (aquel que dijo Euler que no existía, pero que fue descubierto en 1960 por Bose, Parker y Shrikande).

Los orígenes de este proyecto son muchos. Uno de ellos es un dibujo de Saul Steinberg, aparecido en *The Art of Living* (Londres, Hamish Hamilton, 1952) que representa un edificio (sabemos que es un edificio porque junto a la puerta de entrada hay un cartel con la inscripción *No Vacancy*) del que una parte de la fachada ha sido eliminada, dejando ver el interior de unas veintitrés habitaciones (digo unas, porque hay otras que están por detrás y no se ven): el solo inventario —y no sería ni siquiera exhaustivo— de los elementos del mobiliario y de las acciones representadas tiene algo de auténticamente vertiginoso:

3 cuartos de baño; el del 3º está vacío, en el del 2º una mujer se está bañando; en la planta baja un hombre toma una ducha.

3 chimeneas de tamaño diferente, pero alineadas. Ninguna funciona (nadie hace fuego en ellas, si se prefiere); las del 19 y del 29 están equipadas con morillos; la del 1º está cortada en dos por un tabique que divide igualmente las molduras y el rosetón del techo.

6 arañas y 1 móvil tipo Calder

5 teléfonos

1 piano vertical y su taburete

10 individuos adultos de sexo masculino, de los cuales

1 bebe un vaso

1 escribe a máquina

2 leen el periódico, uno está sentado en un sofá, el otro está estirado en un diván

3 duermen

1 se ducha

1 come tostadas
1 atraviesa el umbral de una habitación en
la que hay un perro
10 individuos adultos de sexo femenino, de las cuales
1 está ociosa
1 está sentada
1 tiene un bebé en sus brazos
2 leen, la una, sentada, el periódico, la otra
acostada, una novela
1 lava los platos
1 se baña
1 hace punto
1 come tostadas
1 duerme
6 niños de corta edad, de los que 2 sin duda son niñas
y 2 sin duda son niños.
2 perros
2 gatos
1 oso con ruedas
1 caballito con ruedas
1 trenecito
1 muñeca dentro de su coche
6 ratas o ratones
no pocas termitas (no es seguro que se trate de termitas;
en todo caso una especie de animales que viven
en el suelo y las paredes)
al menos 38 cuadros o grabados enmarcados
1 máscara negra
29 lámparas (además de las arañas)
10 camas
1 cama de niño
3 divanes de los cuales uno sirve de cama a duras penas

4 cocinas más bien de tipo americano
7 habitaciones con parquet
1 alfombra
2 alfombrillas o pies de cama
9 habitaciones con suelo enmoquetado seguramente
3 habitaciones embaldosadas
1 escalera interior
8 veladores
5 mesas bajas
5 pequeñas bibliotecas
1 estantería llena de libros
2 relojes de pared
5 cómodas
2 mesas
1 escritorio con cajones y con un cartapacio y un tintero
2 pares de zapatos
1 taburete de baño
11 sillas
2 sofás
1 cartera de cuero
1 albornoz de baño
1 guardarropa
1 despertador
1 peso
1 cubo de pedal
1 sombrero puesto en un colgador
1 traje en una percha
1 americana colocada sobre el respaldo de una silla
ropa secándose
3 pequeños armarios de baño
varias botellas y frascos
numerosos objetos difícilmente identificables (relojes,

ceniceros, gafas, vasos, platillos llenos de cacahuetes, por ejemplo)

Y no hemos descrito más que la parte «desfachada» del inmueble. El cuarto restante del dibujo aún permite censurar un trozo de acera cubierto de detritos (periódico viejo, lata de conservas, tres sobres), un cubo de basura demasiado lleno, un porche suntuoso, ya vetusto, y cinco personajes en las ventanas: en el segundo, entre tiestos de flores, un anciano fumándose una pipa y su perro, un pájaro en su jaula, una mujer y su hija.

Me parece que es verano. Deben de ser las ocho de la tarde (curiosamente los niños no se han acostado todavía). Aún no se ha inventado la televisión. Tampoco se ve ningún aparato de radio. La propietaria del inmueble es sin duda la señora que hace punto (no está en el 1º como creí al principio sino, dada la posición del porche, en la planta baja, y lo que llamé planta baja es en realidad un sótano: la casa no tiene más que dos pisos); la propietaria ha sufrido algún revés de la fortuna que le ha obligado no sólo a transformar su casa en apartamentos, sino a partir en dos sus dos mejores habitaciones.

Un examen un poco más atento del dibujo permitiría extraer fácilmente los detalles de una voluminosa novela: es evidente, por ejemplo, que nos encontramos en una época en que está de moda el pelo rizado (tres mujeres se han puesto rulos); el caballero que duerme en su poco confortable diván es seguramente un profesor: a él pertenece la cartera de cuero y tiene sobre su despacho algo que se parece mucho a un fajo de exámenes; la señora que está ociosa es la madre de la jovencita que está sentada y es muy verosímil que el señor que se apoya en la chime-

nea, con un vaso en la mano y mirando con cierta perplejidad el móvil estilo Calder, sea su futuro yerno; en cuanto a su vecino, que tiene cuatro hijos y un gato, parece consagrarse a la máquina de escribir como alguien de quien el editor esperara el manuscrito desde hace tres semanas...

2

Cosas que deberíamos hacer sistemáticamente de vez en cuando

En el inmueble donde vivimos:

ir a ver a los vecinos; mirar lo que hay, por ejemplo, en la pared que nos es común; verificar, o desmentir, la homotopía de las viviendas. Ver cómo se le saca partido;

darse cuenta de algo que puede parecerse a un despiste y que puede venir del hecho de coger la escalera B en lugar de la escalera A, o de subir al 5º a pesar de vivir en el segundo;

tratar de imaginar, en el marco mismo del inmueble, las bases de una existencia colectiva (he visto, en una vieja casa del distrito XVIII, un WC que era común para cuatro viviendas; el propietario no quería pagar el alumbrado del citado WC y ninguno de los cuatro inquilinos había querido pagar por los otros tres, ni había aceptado la idea de un único contador y un recibo divisible por cuatro. Entonces, el WC estaba alumbrado por cuatro bombillas distintas,

cada una de ellas accionada desde cada una de las cuatro viviendas: una sola bombilla habría alumbrado durante diez años día y noche y por supuesto habría costado menos caro que la instalación de uno sólo de aquellos circuitos privativos).

En los inmuebles en general:

mirarlos;

levantar la cabeza;

buscar el nombre del arquitecto, el nombre del contratista, la fecha de construcción;

preguntarse por qué a menudo está escrito «gas en todos los pisos»;

tratar de acordarse, en el caso de un inmueble nuevo, de lo que había antes;

etc.

la calle

1

Los inmuebles están unos al lado de otros. Están alineados. Está previsto que estén alineados, es una falta grave cuando no están alineados: se dice entonces que están *heridos de alineamiento*, esto quiere decir que se los puede demoler, con objeto de reconstruirlos en alineamiento con otros.

El alineamiento paralelo de dos series de inmuebles determina lo que se llama una calle: la calle es un espacio bordeado, generalmente en sus dos lados más largos, de casas; la calle es lo que separa unas casas de otras, y también lo que permite ir de una casa a otra, bien a lo largo de la calle, bien atravesándola. Además, la calle es lo que permite localizar las casas. Existen diferentes sistemas de localización; el más extendido, en nuestros días y en nuestros climas, consiste en dar un nombre a la calle y unos números a las casas: la cuestión del nombre de las calles es extremadamente compleja y a menudo incluso espionosa, y sobre ella se podrían escribir varias obras: en cuan-

to a la numeración, no es tan simple como parece: en primer lugar, se decidió que se pondrían los números pares a un lado y los impares al otro (pero, como se pregunta muy bien un personaje de Raymond Queneau en *Le vol d'Icare*: «13 bis, ¿es una cifra par o impar?»), en segundo lugar, que de acuerdo con el sentido de la calle, los números pares estarían a la derecha (y los impares a la izquierda) y, en tercer lugar, que el susodicho sentido de la calle estaría generalmente determinado (aunque conocemos muchas excepciones) por la posición de la susodicha calle en relación con un eje fijo, el Sena en este caso: las calles paralelas al Sena están numeradas de arriba a abajo, las calles perpendiculares parten del Sena y se alejan de él (estas explicaciones conciernen a París evidentemente; se puede suponer razonablemente que soluciones análogas han sido pensadas para otras ciudades).

Al contrario que los inmuebles que pertenecen desde casi siempre a alguien, las calles no pertenecen a nadie en principio. Están repartidas, bastante equitativamente, entre una zona reservada a los vehículos automóviles, y que se llama calzada, y dos zonas, evidentemente más estrechas, reservadas a los peatones, que se llaman aceras. Cierta cantidad de calles están enteramente reservadas a los peatones, sea de manera permanente, sea para ciertas ocasiones particulares. Las zonas de contacto entre la calzada y las aceras permiten aparcar a los automovilistas que ya no quieren circular. Como la cantidad de vehículos automóviles deseosos de no circular es mucho más grande que la cantidad de plazas disponibles, se han limitado esas posibilidades de estacionamiento, bien en el

interior de ciertos perímetros llamados «zonas azules» con tiempo de estacionamiento limitado, bien, de modo más general, estableciendo un pago por estacionamiento.

No es frecuente que haya árboles en las calles. Cuando los hay, están rodeados de una pequeña reja. Por contra, la mayoría de las calles están equipadas con instalaciones específicas correspondientes a diversos servicios: hay farolas que se encienden automáticamente cuando la luz del día comienza a decrecer de modo significativo; paradas en las que los usuarios pueden esperar la llegada de los autobuses o de los taxis; cabinas telefónicas, bancos públicos; buzones donde los ciudadanos pueden depositar cartas que el servicio de correos recogerá en horas determinadas; mecanismos de relojería destinados a recibir el dinero necesario para un estacionamiento de tiempo limitado; cestos reservados a los papeles usados y otros detritos, a los que muchas personas echan compulsivamente una mirada furtiva al pasar; semáforos de circulación. Hay igualmente paneles de señalización de carretera que indican, por ejemplo, que conviene aparcar a uno u otro lado de la calle según se esté o no en la primera o en la segunda quincena del mes (lo que se llama un «estacionamiento unilateral alterno»), o que hay que guardar riguroso silencio dada la proximidad de un hospital o, finalmente y sobre todo, que la calle es de sentido único: la afluencia de vehículos automóviles es tal que la circulación sería casi imposible si no se hubiera cogido la costumbre, desde hace algunos años y en la mayoría de las aglomeraciones urbanas, de obligar a los automovilistas a no circular más que en una sola dirección, lo cual evidentemente les obliga a realizar a veces importantes desvíos.

En algunos cruces considerados particularmente peligrosos, la comunicación entre las aceras y la calzada, que suele ser normalmente libre, está prohibida por medio de estacas metálicas enlazadas con cadenas; estacas idénticas plantadas en las aceras sirven a veces incluso para impedir que los vehículos vengan a aparcar en las aceras, cosa que harían a menudo si no se les impidiera. En fin, en ciertas circunstancias –desfiles militares, paso de jefes de Estado, etc.– trozos enteros de calzada pueden estar prohibidos por medio de barreras metálicas ligeras que se imbrican las unas en las otras.

En algunos lugares de las aceras unas desnivelaciones en arco circular, familiarmente llamadas «barcos», indican que vehículos automóviles pueden estar aparcados en el interior de inmuebles y que conviene dejarles permanentemente la posibilidad de salir; en otros lugares, unos pequeños azulejos encastrados en el reborde de las aceras indican que aquella porción de acera está reservada al estacionamiento de coches de alquiler.

La unión de la calzada y de las aceras tiene el nombre de cuneta: se trata de una zona ligeramente inclinada, gracias a la cual las aguas de lluvia pueden fluir hacia el sistema de alcantarillado que se encuentra debajo de la calle, en lugar de extenderse a todo lo ancho de la calzada, lo cual fastidiaría considerablemente la circulación automóvil. Durante varios siglos sólo hubo una cuneta y se encontraba en medio de la calzada, pero todo el mundo está de acuerdo en considerar que el sistema actual está mejor adaptado. A falta de agua de lluvia, el mantenimiento de las calzadas y de las aceras está asegurado gracias a tomas de agua que se hallan instaladas en casi todos los cruces

de calles y que se abren por medio de llaves en forma de T de las que van provistos los empleados municipales encargados de la limpieza de las calles.

En principio siempre es posible pasar de un lado a otro de la calle utilizando pasos protegidos que los vehículos automóviles sólo deben franquear con extrema precaución. Estos pasos protegidos están señalizados, bien sea con dos series paralelas, perpendiculares al eje de la calle, de clavos metálicos cuya cabeza tiene un diámetro de más o menos doce centímetros, de donde viene el nombre de “pasos de clavos” que se da a estas zonas protegidas, bien sea con anchas bandas de pintura dispuestas oblicuamente todo a lo ancho de la calle (entonces se llaman pasos *materializados*). El sistema de pasos de clavos o materializados no parece tener ya la eficacia que tuvo si duda en otro tiempo, y a menudo es necesario añadirle un sistema de luces de señalización de tres colores (rojo, naranja y verde) que al multiplicarse han provocado problemas de sincronización extraordinariamente complejos, para resolver los cuales trabajan sin descanso algunos de los ordenadores más grandes del mundo y algunas de las inteligencias consideradas como las más brillantes de nuestra época.

En diferentes lugares, unas cámaras teledirigidas vigilan lo que está ocurriendo: hay una encima de la Cámara de los Diputados, justo bajo la gran bandera tricolor; otra en la plaza Edmond Rostand, en el eje del bulevar Saint-Michel; también hay otras en Alésia, en la plaza Clichy, en el Châtelet, en la plaza de la Bastille, etc.

En la calle Linné he visto a dos ciegos. Andaban cogidos por el brazo. Ambos llevaban largos bastones extremadamente flexibles. Uno de los dos era una mujer de unos cincuenta años, el otro un hombre muy joven. La mujer iba rozando con el extremo de su bastón todos los obstáculos verticales que se alzaban a lo largo de la acera y, guiando el bastón del joven, se los hacía tocar de la misma manera indicándole, muy deprisa y sin equivocarse nunca, de qué obstáculos se trataba: una farola, una parada de autobús, una cabina telefónica, una papelería, un buzón, un panel de señalización (no ha podido precisar lo que señalaba el panel evidentemente), un semáforo...

Trabajos prácticos

Observar la calle de vez en cuando, quizá con un esmero un poco sistemático.

Aplicarse. Tomarse su tiempo.

Anotar el lugar: la terraza del café cerca del cruce Bac-Saint-Germain

la hora : las siete de la tarde

la fecha : quince de mayo de 1973

el tiempo : seguro que bueno

Anotar lo que se ve. Aquello que sea importante. ¿Sabemos ver lo que es importante? ¿Hay algo que nos llame la atención?

Nada nos llama la atención. No sabemos ver.

Hay que ir más despacio, casi torpemente. Obligarse a escribir sobre lo que no tiene interés, lo que es más evidente, lo más común, lo más apagado.

La calle: tratar de describir la calle, de qué está hecha, para qué sirve. La gente en las calles. Los coches. ¿Qué tipo de coches? Los inmuebles: anotar si son más bien confortables, más bien señoriales; distinguir entre los inmuebles de viviendas y los edificios oficiales. Las tiendas. ¿Qué se vende en las tiendas? No hay tiendas de alimentación. ¡Ah! sí, hay una panadería. Preguntarse dónde hace la compra la gente del barrio.

Los cafés. ¿Cuántos cafés hay? Uno, dos, tres, cuatro. ¿Por qué se ha elegido éste? Porque lo conocemos, porque le da el sol, porque tiene estanco. Los demás comercios: anticuarios, ropa, hi-fi, etc. No decir, no escribir «etc.». Obligarse a agotar el tema, incluso si tiene aspecto grotesco, o fútil, o estúpido. Todavía no hemos mirado nada, sólo hemos repertoriado lo que desde hacía tiempo habíamos repertoriado.

Obligarse a ver con más sencillez.

Descubrir un ritmo: el paso de los coches: los coches llegan por paquetes porque arriba o abajo de la calle han estado parados en los semáforos.

Contar los coches.

Mirar las matrículas de los coches. Distinguir los coches matriculados en París y los demás.

Anotar la ausencia de taxis a pesar de que precisamente

parece que hay numerosas personas que los esperan.

Leer lo que está escrito en la calle: columnas Morriss, quioscos de periódicos, anuncios, paneles de circulación, graffiti, octavillas tiradas en el suelo, rótulos de los comercios.

Mujeres guapas.

Los tacones demasiado altos están de moda.

Descifrar un trozo de ciudad, deducir evidencias: la obsesión por la propiedad, por ejemplo. Describir la cantidad de operaciones que realiza el conductor de un vehículo automóvil cuando aparca sólomente para ir a comprar cien gramos de dulce de frutas:

- aparcar haciendo una cierta cantidad de maniobras
- quitar el contacto
- retirar la llave, lo cual pone en marcha un primer dispositivo antirrobo
- extraerse del vehículo
- subir la ventanilla de la puerta delantera de la izquierda
- ponerle el seguro
- verificar que la puerta trasera izquierda tiene puesto el seguro; si no: abrirla
 - accionar el seguro desde del interior
 - cerrar de un portazo
 - verificar que en efecto está bloqueada
- dar una vuelta alrededor del coche; como mínimo, verificar que el maletero está bien cerrado con llave
- verificar que la puerta trasera derecha está bloqueada; si no, realizar de nuevo el conjunto de operaciones ya efectuado con la puerta trasera izquierda
- subir la ventanilla de la puerta delantera derecha

- cerrar la puerta delantera derecha
- poner el seguro
- antes de alejarse, echar una mirada circular como para asegurarse de que el coche aún está ahí y que nadie vendrá a llevárselo.

Descifrar un trozo de ciudad. Sus circuitos: ¿por qué los autobuses van de tal sitio a tal sitio? ¿Quién elige los itinerarios, y en función de qué? Acordarse de que el trayecto de un autobús parisiense *intra-muros* está definido por un número de dos cifras, de las que la primera hace referencia a la parada central y la segunda a la periférica. Encontrar ejemplos, encontrar excepciones: todos los autobuses cuyo número comienza por la cifra 2 parten de la estación de Saint-Lazare, por la cifra 3 de la estación del Este; todos los autobuses cuyo número termina con un 2 llegan grosso modo hasta el distrito 16 o hasta Bologne. (Antes se usaban letras: la S, que tanto le gustaba a Queneau, ahora es el 84; conmovirse con el recuerdo de los autobuses de plataforma, la forma de los billetes, el cobrador con su maquinita sujeta a la cintura...)

La gente en la calle: ¿de dónde vienen? ¿a dónde van? ¿quiénes son?

Gente con prisa. Gente sin prisa. Paquetes. Gente prudente que ha sacado el impermeable. Perros: son los únicos animales visibles. No se ven pájaros —sin embargo sabemos que hay pájaros— tampoco se les oye. Podríamos vislumbrar un gato deslizándose bajo un coche, pero en realidad este hecho no se produce.

Total, que no pasa nada.

Tratar de clasificar a la gente: los que son del barrio y los que no son del barrio. No parece que haya turistas. La época no se presta, y además el barrio no es especialmente turístico. ¿Cuáles son las curiosidades del barrio? ¿La casa de Salomon Bernard? ¿La iglesia de Saint-Thomas-d'Aquin? ¿El nº 5 de la calle Sébastien-Bottin?

El tiempo pasa. Beberse la caña. Esperar. Notar que los árboles están lejos (allí, en el bulevar Saint-Germain y en el bulevar Raspail), que no hay cines, ni teatros, que no se ve ninguna obra aparente, que la mayoría de las casas parecen haber obedecido las prescripciones de revocado de fachadas.

Un perro, de una especie rara (¿galgo afgano? ¿galgo africano?)

Un land-rover que parece equipado para atravesar el Sáhara (así y todo, anotamos sólo lo insólito, lo particular, lo miserablemente excepcional: habría que hacer lo contrario).

Continuar

Hasta que el lugar se haga improbable hasta tener la impresión, durante un brevísimo instante, de estar en una ciudad extranjera o, mejor aún, hasta no entender ya lo que pasa o lo que no pasa, que el lugar se convierta en un lugar extranjero, que incluso ya no se sepa que esto se llama una ciudad, una calle, inmuebles, aceras...

¡Que caigan lluvias diluvianas, romperlo todo, que crez-

ca la hierba, cambiar la gente por vacas, ver cómo aparece King-Kong o la rata fortificada de Tex Avery en el cruce de la calle Bac y del bulevar Saint-Germain, cien metros por encima de los tejados!

O también: esforzarse por imaginar, con la mayor precisión posible, bajo la red de calles, el embrollo de cloacas, el paso de las líneas de metro, la proliferación invisible y subterránea de conductos (electricidad, gas, líneas telefónicas, conducciones de agua, red neumática sin la cual la vida sería imposible en la superficie.

Por debajo, justo por debajo, resucitar el eoceno: la caliza de cantera, las margas y los guijarrales, el yeso, la caliza lacustre de Saint-Ouen, las arenas de Beauchamp, la caliza tosca, las arenas y los lignitos de la zona de Soissonnais, la arcilla plástica, la creta.

4

O bien:

Borrador de carta

Pienso en ti, a menudo
de vez en cuando vuelvo a un café, me siento cerca de la
puerta, pido un café
sobre el velador de mármol de imitación coloco cuidadosamente mi paquete de cigarrillos, una caja de cerillas,
un bloc, mi rotulador
estoy removiendo un rato la cucharilla en la taza de café

(sin embargo no echo azúcar al café, me lo bebo dejando que el azúcar se funda en la boca, como la gente del norte, como los rusos y los polacos cuando beben té)

Hago como si estuviera preocupado, como si reflexionara, como si tuviera que tomar una decisión

En la parte de arriba y a la derecha de la hoja de papel pongo la fecha, a veces el lugar, otras veces la hora, hago como que escribo una carta

escribo lentamente, muy lentamente, lo más lentamente posible, trazo, dibujo cada letra, cada acento, verifico los signos de puntuación

miro atentamente un cartelito, las tarifas de los helados y pastelillos, un herraje, una persiana, el cenicero amarillo, hexagonal (de hecho se trata de un triángulo equilátero, en cuyos ángulos cortados se han hecho las depresiones en semicírculo donde pueden colocarse los cigarrillos)

Fuera brilla un poco el sol
el café está casi vacío
dos revocadores de fachadas beben un ron en la barra, el dueño dormita detrás de la caja, la camarera limpia la cafetera

pienso en ti
vas andando por la calle, es invierno, levantas el cuello de tu abrigo de lobo, estás sonriente y lejana

(...)

Los lugares

(Notas sobre un trabajo que estoy haciendo)

En 1969 seleccioné en París 12 lugares (calles, plazas, cruces, un pasaje) en los que había vivido, o a los que me unían recuerdos muy particulares.

Me propuse hacer cada mes la descripción de dos de estos lugares. Una de estas descripciones se hace en el mismo lugar y lo más neutra posible: sentado en un café o andando por la calle, con un cuaderno y un bolígrafo en la mano, trato de describir las casas, los comercios, la gente con la que me encuentro, los carteles y, de un modo general, todos los detalles que atraen mi mirada. La otra descripción se hace en un sitio diferente del lugar: entonces trato de describir el lugar de memoria y de evocar todos los recuerdos relacionados con él que se me ocurren, sean acontecimientos que ocurrieron allí, sea gente que encontré allí. Cuando están terminadas estas descripciones, las meto en un sobre y lo sello con cera. En algunas ocasiones me he hecho acompañar al lugar que estaba describiendo por uno o una amigo(a) fotógrafo(a) que, libremente o siguiendo mis indicaciones, ha tomado fotos que he metido en los sobres correspondientes, sin mirarlas (salvo una tan sólo); también en alguna ocasión he metido en estos sobres diversos elementos que más tarde serían susceptibles de servir como testimonio, por ejemplo billetes de metro, o bien tickets de consumo, o entradas de cine, o prospectos, etc.

Cada año comienzo de nuevo estas descripciones teniendo cuidado, gracias a un algoritmo que ya he citado (bi-cuadrado latino ortogonal, éste de orden 12), prime-

ramente, de describir cada uno de estos lugares en un mes diferente del año, luego, de no describir el mismo mes el mismo par de lugares.

Esta empresa, que se parece un poco en su principio a las «bombas de tiempo», durará doce años, hasta que todos los lugares hayan sido descritos dos veces doce veces. Como el año pasado estuve demasiado preocupado por el rodaje de “Un homme qui dort” (en el que aparecen además la mayoría de estos lugares), me he saltado el año 73 y entonces no tendré los 288 textos producto de esta experiencia hasta 1981 (a menos que sufra otro retraso...). Entonces sabré si valía la pena: lo que espero en efecto no es otra cosa que dejar huella de un triple envejecimiento: el de los lugares mismos, el de mis recuerdos y el de mi escritura.

el barrio

1

El barrio. ¿Qué es eso de un barrio? ¿Tu vives en el barrio? ¿Eres del barrio? ¿Has cambiado de barrio? ¿En qué barrio estás?

El barrio tiene algo de amorfo realmente: una especie de parroquia o, de un modo más estricto, la cuarta parte de un distrito, el trocito de ciudad que depende de una comisaría...

De un modo más general: la porción de ciudad en la que uno se desplaza fácilmente a pie o, por decirlo en forma de perogrullada, la parte de ciudad a la que no hay que trasladarse, puesto que precisamente ya estamos en ella. Parece que está claro; quizás habría que precisar que para la mayoría de los habitantes de una ciudad, todo esto tiene el corolario siguiente: el barrio es también la porción de ciudad en la que no se trabaja: barrio se llama aquel sitio donde se vive y no donde se trabaja, y los lugares de residencia y los lugares de trabajo no coinciden casi nunca: esto también es una evidencia, pero sus consecuencias son innumerables.

La vida de barrio

Es una frase muy importante.

De acuerdo, están los vecinos, está la gente del barrio, los comerciantes, la lechería, el todo para la casa, el estanco que está abierto los domingos, la farmacia, correos, el café del que si no somos un asiduo al menos somos un cliente regular (le damos la mano al dueño o a la camarera).

Evidentemente podríamos cultivar estas costumbres, ir siempre al mismo carnicero, dejar los paquetes en el ultramarinos, abrir una cuenta en el droguero, llamar a la farmaceutica por su nombre, confiar el gato a la vendedora de periódicos, pero por mucho que se hiciera, todo esto no constituiría una vida, no podría crear la ilusión de ser la vida: crearía un espacio familiar, suscitaría un itinerario (salir de casa, ir a comprar el periódico de la tarde, un paquete de cigarrillos, un paquete de detergente en polvo, un kilo de cerezas, etc.), pretexto acompañado de algunos apretones de manos un tanto lánguidos, buenos días señora Chamissac, buenos días señor Fernand, buenos días señorita Jeanne, pero nunca sería más que una dulzona apariencia de la necesidad, una manera de envolver lo mercantil.

Evidentemente podríamos fundar una orquesta o hacer teatro en la calle. Animar el barrio, como se suele decir. Juntar a la gente de una calle o de un grupo de calles por una causa o un combate y no por la simple convivencia.

La muerte del barrio

También es una frase muy importante
(además hay muchas más cosas que mueren: las ciudades, los campos, etc.)

Lo que más pena me da es el cine del barrio, con aquellos horribles anuncios de la tintorería de la esquina.

2

De todo lo precedente puedo sacar la conclusión, poco satisfactoria a decir verdad, de que sólo tengo una idea muy aproximativa de lo que es un barrio. Es verdad que ha cambiado bastante en los últimos años: y verdaderamente no he tenido tiempo de adaptarme.

Me sirvo poco de mi barrio. Algunos de mis amigos viven en el mismo barrio que yo sólo por casualidad. Mis principales centros de interés son más bien excéntricos en relación con mi casa. No tengo nada contra el hecho de moverse, al contrario.

¿Por qué no privilegiar la dispersión? En lugar de vivir en un único lugar y procurar identificarse con él, ¿por qué no tener cinco o seis habitaciones diseminadas por París? Iría a dormir a Denfert, escribiría en la plaza Voltaire, oiría música en la plaza de Clichy, haría el amor en la poterna de los álamos, comería en la calle Tombe-Issoire, leería cerca del parque Monceau, etc. ¿Acaso esto es más estúpido que poner a todos los comerciantes de muebles en Saint-Antoine, a todos los comerciantes de cristal en la calle Paradis, a todos los sastres en la calle Sentier, a

todos los judíos en la calle Rosiers, a todos los estudiantes en el barrio Latino, a todos los editores en Saint-Sulpice, a todos los médicos en Harley Street, a todos los negros en Haarlem?

la ciudad

1

*Les toits de Paris, couchés sur le dos,
leurs petites pattes en l'air.*
Raymond Queneau

No tratar de encontrar demasiado deprisa una definición de la ciudad; es un asunto demasiado vasto, y hay muchas posibilidades de equivocarse.

Primero, hacer el inventario de lo que vemos. Enumerar aquello de lo que estamos seguros. Establecer distinciones elementales: por ejemplo entre lo que es la ciudad y lo que no es la ciudad.

Interesarse por aquello que separa la ciudad de lo que no es la ciudad. Mirar lo que ocurre cuando la ciudad se para. Por ejemplo (ya he abordado este tema a propósito de las calles), un método absolutamente infalible para saber si nos encontramos en París o en el exterior de París consiste en mirar el número de los autobuses: si tienen dos cifras estamos en París, si tienen tres estamos fuera de París (desgraciadamente no es tan infalible como esto, pero debiera serlo en principio).

Reconocer que las afueras tienen una fuerte tendencia a dejar de ser afueras.

Tomar buena nota de que la ciudad no siempre ha sido lo que era. Acordarse por ejemplo de que Auteuil fue ru-

ral durante mucho tiempo; hasta mediados del siglo XIX, cuando los médicos veían que un niño estaba demasiado paliducho, recomendaban a los padres que pasaran algunos días en Auteuil para respirar el aire sano del campo (además todavía existe en Auteuil una lechería que persiste en llamarse la Granja de Auteuil).

Acordarse también de que el Arco de Triunfo fue construido en el campo (no era verdaderamente el campo, sino más bien el equivalente del parque de Boulogne, pero en todo caso no era realmente la ciudad).

Acordarse también de que Saint-Denis, Bagnolet, Aubervilliers son ciudades mucho más importantes que Poitiers, Annecy o Saint-Nazaire.

Acordarse de que todo lo que se llama «faubourg» se encontraba en el exterior de la ciudad (faubourg Saint-Antoine, faubourg Saint-Denis, faubourg Saint-Germain, faubourg Saint-Honoré).

Acordarse de que si se decía Saint-Germain-des-Prés, es porque había prados.

Acordarse de que un «boulevard» es originalmente un paseo plantado de árboles que rodea una ciudad y que ocupa normalmente el espacio donde estaban las antiguas murallas.

Acordarse de que, por cierto, todo estaba fortificado...

2

El viento sopla del mar: los olores nauseabundos de las ciudades son empujados hacia el este en Europa, hacia el oeste en América. Por esta razón los barrios chics

están al oeste en París (el sexto distrito, Neuilly, Saint-Cloud, etc.) y en Londres (el West End) y al este en New York (el East Side).

3

Una ciudad: piedra, cemento, asfalto. Desconocidos, monumentos, instituciones.

Megalópolis. Ciudades tentaculares. Arterias. Muchedumbres.

¿Hormigueros?

¿Qué es el corazón de una ciudad? ¿El alma de una ciudad? ¿Por qué se dice que una ciudad es bonita o es fea?

¿Qué tiene de bonito y de feo una ciudad? ¿Cómo se conoce una ciudad? ¿Cómo conoce uno su ciudad?

Método: habría que renunciar a hablar de la ciudad, a hablar sobre la ciudad, o bien obligarse a hablar de ella del modo más simple del mundo, hablar de ella de forma evidente, familiar. Abandonar toda idea preconcebida. Dejar de pensar en términos muy elaborados, olvidar lo que han dicho los urbanistas y los sociólogos.

Hay algo espantoso en la idea misma de la ciudad; se tiene la impresión de que sólo podremos aferrarnos a imágenes trágicas o desesperadas: Metrópolis, el universo mineral, el mundo petrificado, que sólo podremos acumular sin tregua preguntas sin respuesta.

Nunca nos podremos explicar o justificar la ciudad. La ciudad está ahí. Es nuestro espacio y no tenemos otro. Hemos nacido en ciudades. Hemos crecido en ciudades. Respiramos en ciudades. Cuando cogemos el tren es para

ir de una ciudad a otra ciudad. No hay nada de inhumano en una ciudad, como no sea nuestra propia humanidad.

4

Mi ciudad

Vivo en París. Es la capital de Francia. En la época en que Francia se llamaba Galia, París se llamaba Lutecia.

Como muchas otras ciudades, París fue construida muy cerca de siete colinas. Que son: el monte Valérien, Montmartre, Montparnasse, Montsouris, la colina de Chaillot, las Buttes-Chaumont y la Butte-aux-Cailles, el monte Sainte-Geneviève, etc.

Evidentemente no conozco todas las calles de París. Pero tengo siempre una idea clara del lugar en que se encuentran. Aunque quisiera me sería difícil perderme en París. Dispongo de numerosos puntos de referencia. Casi siempre sé en qué dirección debo coger el metro. Conozco bastante bien el itinerario de los autobuses; sé explicar a un taxista el trayecto que deseo realizar. El nombre de las calles casi nunca me es extraño, las características de los barrios me son familiares; identifico sin demasiado esfuerzo las iglesias y otros monumentos; sé dónde están las estaciones. Numerosos lugares están unidos a recuerdos precisos: se trata de casas donde han vivido antes amigos que he perdido de vista, o bien se trata de un café donde he jugado durante seis horas seguidas al billar eléctrico (con sólo meter una única moneda de veinte céntimos), o bien se trata de la plazoleta en la que he leído *La Peau de Chagrin* mientras vigilaba los retozos de mi sobrinita.

Me gusta andar por París. A veces durante toda una tarde, sin rumbo preciso, aunque tampoco al azar, ni a la aventura, pero tratando de dejarme llevar. A veces tomando el primer autobús que para (no se puede tomar el autobús al vuelo). O bien preparando cuidadosamente, sistemáticamente, un itinerario. Si tuviera tiempo, me gustaría concebir y resolver problemas análogos al de los puentes de Koenigsberg o, por ejemplo, encontrar un trayecto que, atravesando París de parte a parte, sólo tuviera en cuenta calles que comiencen por la letra C.

Me gusta mi ciudad, pero no sabría decir exactamente lo que me gusta de ella. No creo que sea el olor. Estoy demasiado acostumbrado a los monumentos como para tener ganas de mirarlos. Me gustan ciertas luces, algunos puentes, terrazas de cafés. Me gusta mucho pasar por un sitio que no he visto hace tiempo.

5

Ciudades extranjeras

Sabemos ir de la estación o del *air terminal* al hotel. Queremos que no esté demasiado lejos. Nos gustaría estar en el centro. Estudiamos cuidadosamente el plano de la ciudad. Vamos repertoriando los museos, los parques, los lugares que nos han recomendado que veamos a toda costa.

Vamos a ver los cuadros y las iglesias. Nos gustaría mucho pasearnos, callejear, pero no nos atrevemos; no sabemos ir a la deriva, tenemos miedo de perdernos. In-

cluso no andamos de verdad, vamos siempre a toda prisa. No sabemos muy bien qué mirar. Casi nos emocionamos si nos topamos con la oficina de Air-France, casi a punto de llorar si vemos *Le Monde* en un quiosco de periódicos. Ningún lugar se deja atar a un recuerdo, a una emoción, a un rostro. Repertoriamos salones de té, cafeterías, milk-bares, tabernas, restaurantes. Pasamos delante de una estatua. Es la de Ludwig Spankerfel di Nominatore, el célebre cervecero. Miramos con interés unos juegos completos de llaves inglesas (nos podemos permitir el lujo de perder dos horas y nos paseamos durante dos horas; ¿por qué nos atraerá esto más que lo otro? Espacio neutro, todavía no conferido, prácticamente sin referencias: no sabemos cuánto tiempo hace falta para ir de un sitio a otro; de golpe nos damos cuenta de que vamos terriblemente adelantados).

Dos días pueden bastar para que empecemos a aclimartarnos. El día que descubrimos que la estatua de Ludwig Spankerfel di Nominatore (el célebre cervecero) está sólo a tres minutos del hotel (al final de la calle Prince-Adalbert) mientras que antes empleábamos una larga media hora para llegar allí, empezamos a tomar posesión de la ciudad. Lo cual no quiere decir que empecemos a habitarla.

A menudo guardamos de estas ciudades el recuerdo de un encanto indefinible a pesar de haberlas rozado sólo ligeramente: el recuerdo mismo de nuestra indecisión, de nuestros pasos vacilantes, de nuestra mirada que no sabía hacia qué volverse y que no se emocionaba con casi nada: una calle casi vacía poblada de grandes plátanos (¿eran plátanos?) en Belgrado, una fachada de cerámica en Sarrebrück, las cuestas en las calles de Edimburgo, la

anchura del Rin, en Bâle, y la cuerda –el nombre exacto sería el andarivel– que va guiando la balsa que lo atraviesa...

6

Del turismo

*Quant à voir la ville, il n'y pensait
même pas, étant de cette race d'Anglais
qui font visiter par leur domestique les
pays qu'ils traversent.*

Jules Verne

(Le tour du monde en 80 jours)

Mejor que visitar Londres, quedarse en casa, junto a la chimenea y leer las irreemplazables informaciones que proporciona el Baedeker (edición de 1907):

La temporada (season), es decir los meses de mayo, junio y julio, es la época más favorable para visitar Londres; es cuando se reúne el Parlamento, cuando la alta sociedad reside en la ciudad, cuando los primeros actores ocupan la escena de los grandes teatros y cuando las exposiciones artísticas están en todo su esplendor. El resto del país puede visitarse todo el año, excepto las montañas.

... Si no se encuentra ningún policía en el vecindario, informarse en un comercio. No se dirija a un desconocido más que en caso de absoluta necesidad, y no responda a ninguna pregunta de ningún transeúnte, sobretodo en francés, ya que esta pregunta es probablemente preliminar a un robo o un timo. Por lo

demás el extranjero deberá estar continuamente atento y sobre todo tener cuidado con su bolsa y su reloj. Recordar esta recomendación al subir al tren y al omnibus, así como al bajar, en resumidas cuentas allí donde haya una aglomeración. En las calles muy frecuentadas los peatones deberán guardar su derecha como es de uso común. Por la noche evitar igualmente los barrios pobres y las calles apartadas.

Los ferrocarriles metropolitanos (...) son vías de circulación importantes para las carreras largas en Londres. Lo más normal es que pasen bajo tierra, a poca profundidad, por túneles o trincheras bordeadas de altas murallas (...) Los trenes circulan en el cinturón interior de 5 y media de la mañana hasta la medianoche (...) Se coge un billete, (ticket) en la ventanilla (booking-office) y se baja a la vía. En el primer nivel, un revisor le indica por qué lado (plat-form) hay que subir. La gran O roja de los billetes significa «outer», es decir vía exterior, y la gran I «inner», es decir interior. Un indicador le da a conocer la dirección del próximo tren y el nombre de la última parada está escrita en grandes letras en la parte delantera de la locomotora. Los conductores van anunciando las estaciones, cuyos nombres figuran por lo demás en rótulos, faroles y respaldos de los bancos del andén. Paradas muy cortas: darse prisa.

Médicos. Recomendamos los doctores: L. Vintras, médico de la Embajada de Francia y del hospital francés (...); H. de Méric (cirujano); H. Dardenne (...); P.J. Baranoff, médico del hospital francés (...); Naumann, médico del hospital italiano (...). Dentistas: A.A. Goldsmith (americano) (...); K.A. Davenport (americano) (...) H.L. Coffin (americano) (...); Pierrepont (americano), etc. Farmacias (ninguna farmacia francesa)...

Programa: incluso para un viajero incansable y que se contente con un vistazo superficial, dos semanas apenas son suficientes para hacerse una idea un poco clara de Londres y sus alrededores. Una distribución metódica del tiempo facilitará mucho esta tarea (...) por la mañana y por la tarde se puede ir a ver las iglesias, muchas de las cuales están abiertas todo el día, y a pasearse por los parques, los jardines botánico y zoológico. Por la tarde, de 5 a 7, antes de la cena, se puede dar una vuelta por Regent Street o Hyde Park, siempre animados por un gentío compacto, brillantes jinetes y carruajes en gran cantidad. Si está alojado cerca del puente de Londres, aproveche cada momento del que pueda disponer para ver el puerto y sus alrededores, los buques que entran o salen, y el movimiento incesante en los almacenes. Para gozar de un espectáculo grandioso y único en el mundo entero, se recomienda sobretodo hacer una excursión a Gravesend.

7

Ejercicios

Describir las operaciones que se realizan cuando se coge el metro con la misma minuciosidad que Baedeker en el metro de Londres en 1907.

Volver a pensar en algunas de las propuestas de los Surrealistas para embellecer la ciudad:

El obelisco: redondearlo y poner en su cima una pluma de acero a su medida

La torre de Saint-Jacques: curvarla ligeramente

El león de Belfort: hacerle roer un hueso y girarlo hacia el oeste

El Panteón: cortarlo verticalmente y separar las dos

mitades 50 centímetros

Tratar de calcular, con la ayuda de mapas y planos adecuados, un itinerario que permitiera coger sucesivamente todos los autobuses de la capital.

Tratar de imaginar en lo que se va a convertir París:

París será el jardín de invierno; – emparrados de frutas en el bulevar. El Sena filtrado y caliente, – abundancia de piedras preciosas artificiales, – prodigalidad de dorados, – alumbrado de las casas – se acumulará la luz, ya que existen cuerpos que tienen esta propiedad, como el azúcar, la carne de ciertos moluscos y el fósforo de Bologne. Se deberán enjalbegar las fachadas de las casas con la sustancia fosforescente, y su radiación alumbrará las calles.

Gustave Flaubert
(*Borrador de Bouvard et Pécuchet,*
plan final, Pléiade, II, 986)

el campo

1

No tengo mucho que decir a propósito del campo: el campo no existe, es una ilusión.

Para la mayoría de mis semejantes el campo es un espacio de recreo que rodea su segunda residencia, que bordea una porción de las autopistas que cogen los viernes por la noche para trasladarse a ella y que, el domingo por la tarde, si tienen suficiente ánimo, andarán por él algunos metros antes de volver a la ciudad, donde el resto de la semana se dedicarán a alabar la vuelta a la naturaleza.

Sin embargo, como todo el mundo, he estado varias veces en el campo (la última vez, me acuerdo muy bien, fue en febrero de 1973; hacía mucho frío). Además me gusta el campo (también me gusta la ciudad, esto ya lo he dicho, no pretendo resultar difícil): me gusta estar en el campo: en el campo se come pan casero, se respira mejor, a veces se ven animales que no se ven normalmente en las ciudades, se hace fuego en las chimeneas, se juega al scrabble o a otros juegos de sociedad. Hay que reco-

nocer que por norma general hay más sitio que en la ciudad y un confort parecido y a veces una calma similar. Pero nada de esto me parece suficiente para fundamentar una diferencia pertinente.

El campo es un país extranjero. Esto no debería ser así, pero lo es; habría podido no ser así, pero así ha sido y así será siempre: es demasiado tarde para cambiar cualquier cosa en este sentido.

Soy un hombre de ciudad; he nacido, he crecido y he vivido en una ciudad. Mis costumbres, mis ritmos y mi vocabulario son costumbres, ritmos y vocabularios de un hombre de ciudad. La ciudad es lo mío. En ella estoy como en mi casa: el asfalto, el cemento, las verjas, la red de calles, la grisalla de las fachadas que hace perder la vista, son cosas que pueden extrañarme o escandalizarme, pero igual que podría escandalizarme o extrañarme, por ejemplo, la extrema dificultad que hay en querer ver la propia nuca o la injustificable existencia de los senos (frontales o maxilares). En el campo no me escandaliza nada; convencionalmente podría decir que todo me extraña; de hecho todo me deja más o menos indiferente. Aprendí muchas cosas en la escuela y sé que Metz, Toul y Verdun formaban los Tres Obispados, que $\Delta = a^2 + b^2 - c^2$, y que ácido más base da sal más agua, pero no aprendí nada sobre el campo, a menos que haya olvidado todo lo que aprendí. Incluso he llegado a leer en algún libro que los campos estaban poblados de campesinos, que los campesinos se levantaban y se acostaban al mismo tiempo que el sol y que su trabajo consistía entre otras cosas, en abonar, en margar, en barbechar, en desbarbechar, en fertilizar, en rastrillar, en cavar, en escar-

dar, en binar o en trillar. Las operaciones a que aluden estos verbos para mí son más exóticas que las que dirigen por ejemplo la revisión de una caldera mixta de calefacción central, dominio en el que sin embargo no estoy versado en absoluto.

Ahí están por supuesto los grandes campos amarillos surcados por máquinas resplandecientes, los sotobosques, las praderas plantadas con alfalfa y las viñas donde se pierde la vista. Pero no sé nada de estos espacios, para mí resultan impracticables. Las únicas cosas que yo conozco son los saquitos de Vilmorin o Truffaut, las granjas acondicionadas donde el yugo de los bueyes se ha convertido en una lámpara colgante, donde las medidas de grano se han convertido en cestos de los papeles (yo poseo uno, al que tengo un gran apego), los artículos lastimeros sobre la crianza de los terneros y la nostalgia por las cerezas engullidas en el árbol.

2

La utopía campestre

Para empezar iríamos a la escuela con el cartero.

Sabríamos que la miel del maestro es mejor que la del jefe de estación (no, ya no habría jefe de estación, sólo un guardabarreras: desde hace varios años los trenes ya no paran, una línea de autobuses los remplazaría pero todavía estaría ahí el paso a nivel sin automatizar aún).

Sabríamos si iba a llover sólo con mirar la forma de las nubes sobre la colina, conoceríamos los sitios donde todavía habría cangrejos, nos acordaríamos de la época en

que el mecánico herraba caballos (exagerar un poquito hasta casi tener ganas de creérselo, pero sin pasarse...).

Por supuesto que conoceríamos a todo el mundo y las historias de todo el mundo. Todos los miércoles el charcutero de Dampierre tocaría la bocina delante de la casa para traernos los embutidos. Todos los lunes la señora Blaise vendría a lavar.

Iríamos con los niños a recoger moras por los angostos caminos; les acompañaríamos a recoger champiñones; les enviaríamos a la caza de caracoles.

Estaríamos pendientes de cuando pasara el autobús de las siete.

Nos gustaría ir a sentarnos al banco del pueblo, bajo el olmo centenario, frente a la iglesia.

Iríamos por los campos con calzado alto y un bastón con punta metálica, con el cual decapitaríamos las gramineas locas.

Jugaríamos a la malilla con el guarda.

Iríamos a buscar leña al monte público.

Sabríamos reconocer a los pájaros por su canto.

Conoceríamos cada árbol del huerto.

Esperaríamos la vuelta de las estaciones.

3

Alternativa nostálgica (y falsa):

O bien arraigarse, encontrar o dar forma a las raíces de uno, arrancar al espacio el lugar que será el nuestro, construir, plantar, apropiarse milímetro a milímetro de la «propia casa»: pertenecer por entero a nuestro pueblo,

saber que uno es de la región de Cévennes o de Poitou.

O bien no llevar más que lo puesto, no guardar nada, vivir en un hotel y cambiar a menudo de hotel y de ciudad y de país; hablar, leer indiferentemente cuatro o cinco lenguas; no sentirse en casa en ninguna parte, pero sentirse bien casi en todos los sitios.

del movimiento

Vivimos en alguna parte: en un país, en una ciudad de aquel país, en un barrio de aquella ciudad, en una calle de aquel barrio, en un inmueble de aquella calle, en un apartamento de aquel inmueble.

Hace tiempo que tendríamos que haber cogido la costumbre de desplazarnos libremente, sin que nos costara. Pero no lo hemos hecho: nos hemos quedado donde estábamos; las cosas se han quedado como estaban. No nos hemos preguntado por qué aquello estaba allí y no en otro sitio, por qué esto era así y no de otro modo. Enseguida ha sido demasiado tarde evidentemente, ya hemos adquirido unas costumbres. Empezamos a creer que estamos bien donde estamos. Después de todo, se estaba tan bien aquí como enfrente.

Nos cuesta mucho cambiar, aunque sólo fuera cambiar los muebles de sitio. Mudarse supone toda una historia. Nos quedamos en el mismo barrio, y si cambiamos lo lamentamos.

Tienen que ocurrir cosas extremadamente graves para que consintamos en movernos: guerras, hambre, epidemias.

Es difícil aclimatarse. Los que han llegado unos días antes nos miran por encima del hombro. Nos quedamos en nuestro rincón con los de nuestro rincón; evocamos con nostalgia nuestro pueblecito, nuestro río, el gran campo de mostaza que se descubría al dejar la carretera nacional.

el país

1

Fronteras

Los países están separados unos de otros por fronteras. Pasar una frontera es siempre un poco conmovedor: una línea imaginaria, materializada por una barrera de madera que además no está nunca realmente sobre la línea que representa sino algunas decenas o centenares de metros hacia acá o hacia allá, es suficiente para cambiarlo todo, incluso hasta el paisaje: es el mismo aire, es la misma tierra, pero la carretera no es la misma en absoluto, la grafía de los indicadores cambia, las panaderías ya no se parecen nada a lo que hace un instante llamábamos panadería, los panes ya no tienen la misma forma, ya no son las mismas envolturas de los paquetes de cigarrillos tiradas por el suelo...

(Anotar lo que sigue estando igual: ¿la forma de las casas? ¿la forma de los campos? ¿los rostros? los emblemas de «Shell» en las estaciones de servicio, los carteles de «Coca-Cola» idénticos casi siempre, desde la Tierra de Fuego hasta Escandinavia y del Japón a Groenlandia, como lo ha demostrado una reciente exposición de fotos, las reglas de conducción para los automóviles (con alguna variante que otra), la separación de las vías del tren (excepto en España), etc.

En 1952, en Jerusalem, intenté poner el pié en Jordania pasando por debajo de la alambrada de espino; mis acompañantes me lo impidieron: según parece estaba minado. De todos modos, no habría conseguido tocar Jordania, sino nada de nada, el *no man's land*.

En octubre de 1970, en Hof, en Baviera, pude abarcar de un solo vistazo, como se suele decir, algo de Alemania del Oeste, de Alemania del Este y de Checoslovaquia: se trataba en este caso de una vasta extensión grisácea y sombría y unos bosquecillos. El albergue —alemán occidental— desde donde se descubría este panorama estaba muy frecuentado.

En mayo de 1961, no lejos de las ruinas de Sbeitla, en Túnez, cerca de Kassérine, vi la frontera argelina: una simple alambrada de púas; a unos centenares de metros se veía una granja en ruinas que estaba en Argelia. La línea Morice, que aún era operativa, pasaba justo detrás, según me dijeron.

Las fronteras son líneas. Millones de hombres han muerto a causa de estas líneas. Miles de hombres han muerto porque no consiguieron franquearlas: la supervivencia pasaba por franquear un simple río, una pequeña colina, un bosque tranquilo: al otro lado estaba Suiza, el país neutral, la zona libre...

(*la Grande Illusion*: no disparaban a los prisioneros evadidos una vez que habían pasado la frontera...)

Se ha batallado por minúsculos trozos de espacio, un trozo de colina, unos metros de costa, unas crestas rocosas, la esquina de una calle. La muerte se llevó a millones de hom-

bres por una ligera diferencia de nivel entre dos puntos separados muchas veces por menos de cien metros: se luchaba durante semanas para tomar o recuperar la Cota 532.

(Uno de los generales en jefe del ejército francés durante la guerra del 14-18 se llamaba general *Nivelle*...)

2

Mi país

El territorio nacional (la Madre Patria —en alemán *Vaterland*—, la Nación, el País, Francia, el Hexágono) es un Estado de Europa occidental que se corresponde con la mayor parte de la Galia cisalpina. Está entre 42° 20' y 51° 5' de latitud norte y entre 7° 11' de longitud oeste y 5° 10' de longitud este. Su superficie es de 528.576 kilómetros cuadrados.

En 2.640 kilómetros más o menos, este territorio está bordeado de un espacio marítimo que constituye lo que son las «aguas territoriales» francesas.

El territorio nacional está cubierto en la totalidad de su superficie por un «espacio aéreo».

La defensa, la integridad y la seguridad de estos tres espacios terrestre, marítimo y aéreo son el objeto de constantes preocupaciones de los poderes públicos.

No creo tener nada de especial, o de espacial, que añadir en lo que a mi país concierne.

europa

Una de las cinco partes del mundo.

viejo continente

Europa, Asia y África

nuevo continente

¡Eb, chicos, que nos han descubierto!

(un indio que acaba de ver a Cristóbal Colón)

el mundo

El mundo es grande.

Los aviones lo surcan en todas direcciones todo el tiempo.

Viajar.

Podríamos obligarnos a seguir una latitud dada (Julio Verne, *Los Hijos del Capitán Grant*), o a recorrer los Estados Unidos de América por orden alfabético (Julio Verne, *El Testamento de un excéntrico*) o haciendo coincidir el paso de un estado a otro con la existencia de dos ciudades homónimas (Michel Butor, *Mobile*).

Sorpresa y decepción de los viajes. Ilusión de haber vencido la distancia, de haber borrado el tiempo.

Estar lejos.

Ver de verdad algo que durante mucho tiempo sólo fue una imagen en un viejo diccionario: un géiser, una catarata, la bahía de Nápoles, el lugar donde estaba situado Gavrilo Princip cuando disparó al archiduque Francisco

Fernando de Austria y a la duquesa Sofía de Hohenberg, en la esquina de la calle Francisco-José y del paseo Appel, en Sarajevo, justo enfrente de la taberna de los hermanos Simie, el 28 de junio de 1914 a las once y cuarto.

O mejor todavía, ver muy lejos de su supuesto lugar de origen un objeto perfectamente feo, como por ejemplo una caja hecha con conchas que pone «Recuerdo de Dinard» en un chalet de la Selva Negra, o perfectamente común, como una percha que pone «Hotel Saint Vincent, Commercy» en un *bed and breakfast* de Inverness, o perfectamente improbable, como el *Repertorio arqueológico de la provincia de Tarn*, escrito por el señor H. Crozes, París, 1865, in-4, 123 p., en el salón de una casa de huéspedes en Regensburg (más conocida en Francia con el nombre de Ratisbonne).

Ver aquello que siempre se soñó con ver. Pero, ¿qué hemos soñado con ver? ¿Las grandes Pirámides? ¿El retrato de Melanchthon, de Cranach? ¿La tumba de Marx? ¿La de Freud? ¿Boukhara y Samarkhanda? ¿El sombrero que lleva Katherine Hepburn en *Sylvia Scarlet*? (Un día que iba de Forbach a Metz, di un rodeo para ir a ver el lugar de nacimiento del general Eblé en Saint-Jean-Rohrbach.)

O mejor, descubrir lo que no se había visto, lo que no se esperaba, lo que no se imaginaba. Pero cómo poner ejemplos: no es lo que se había venido enumerando a lo largo del tiempo dentro del abanico de sorpresas o maravillas de este mundo; no es ni lo grandioso, ni lo impresionan-

te; ni siquiera es lo extranjero forzosamente: al contrario, sería más bien lo familiar recobrado, el espacio fraternal...

¿Qué se puede conocer del mundo? Desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte, ¿cuánto espacio puede llegar a barrer nuestra mirada? ¿Cuántos centímetros cuadrados del planeta Tierra habrán tocado nuestras suelas?

Recorrer el mundo, surcarlo en todos los sentidos, nunca será algo más que conocer unas cuantas áreas, unas cuantas fanegas: minúsculas incursiones en vestigios desencarnados, escalofríos de aventura, búsquedas improbables coaguladas en una bruma almibarada de la que nuestra memoria sólo guardará algunos detalles: más allá de esas estaciones y de esas carreteras, y de las pistas resplandecientes de los aeropuertos, y de esas exiguas bandas de terreno iluminadas durante un breve instante por un tren nocturno lanzado a gran velocidad, más allá de los paisajes largo tiempo esperados y descubiertos demasiado tarde, y de los montones de piedras y de los montones de obras de arte, lo único que habrá será tres niños corriendo por una carretera blanca, o una casita a la salida de Avignon, con una cancilla de madera pintada de verde hace mucho tiempo, las siluetas de los árboles perfiladas en la cima de una colina en los alrededores de Sarrebrück, cuatro obesos risueños en la terraza de un café en los suburbios de Nápoles, la gran calle de Brionne, en Eure, dos días antes de Navidad, a eso de las seis de la tarde, el frescor de una galería cubierta en el zoco de Sfax, una minúscula presa que atraviesa un lago esco-

cés, una carretera llena de curvas cerca de Corvol-l'Orgeuilleux... Y junto a todo ello, irreductible, inmediato y tangible, el sentimiento de la concreción del mundo: algo claro, más próximo a nosotros: el mundo, no ya como un recorrido que hay que volver a hacer sin parar, no como una carrera sin fin, un desafío que siempre hay que aceptar, no como el único pretexto de una acumulación desesperante, ni como ilusión de una conquista, sino como recuperación de un sentido, percepción de una escritura terrestre, de una geografía de la que habíamos olvidado que somos autores.

el espacio

...tanto que mundo y espacio parecían uno el espejo del otro, uno y otro prolijamente adornados con jeroglíficos e ideogramas, cada uno de los cuales podía ser un signo y no serlo: una concreción calcárea en el basalto, una cresta levantada por el viento en la arena coagulada del desierto, la disposición de los ojos en las plumas del pavo real (poco a poco la vida entre los signos había llegado a considerar como tantos otros signos las innumerables cosas que antes estaban allí sin señalar nada más que su propia esencia, las había transformado en signos de sí mismas y las había sumado a la serie de signos hechos a propósito por quien quería hacer un signo), las estrías del fuego en una pared de roca esquistosa, la cuadragésimovigesimo-septima acanaladura —un poco oblicua— de la cornisa del frontón de un mausoleo, una secuencia de estrías sobre una pantalla durante una tormenta magnética (la serie de signos se multiplicaba en la serie de los signos de signos, de signos repetidos innumerables veces siempre iguales y siempre en cierto modo diferentes porque al signo hecho a propósito se sumaba el signo advenido por casualidad), el palo mal entintado de la letra R que en un ejemplar de un periódico de la tarde se topaba con una paja filamentosa del papel, uno de los ochocientos mil desconchados de una pared alquitranada en un callejón entre dos almacenes portuarios de Melbourne, la curva de una estadística, una frenada en el asfalto, un cromosoma...

Italo Calvino
(*Las Cosmicómicas*)

Nos servimos de los ojos para ver. Nuestro campo visual nos desvela un espacio limitado: algo vagamente redondo, que se para muy rápido a izquierda y a derecha y que no baja ni sube demasiado alto. Si cerramos un ojo, conseguimos ver la punta de nuestra nariz; si subimos los ojos vemos que hay un arriba, si los bajamos vemos que hay un abajo; si volvemos la cabeza en una dirección y luego en otra, ni siquiera llegamos a ver completamente todo lo que hay a nuestro alrededor; hay que hacer girar el cuerpo para ver absolutamente lo que había detrás.

Nuestra mirada recorre el espacio y nos proporciona la ilusión del relieve y de la distancia. Así construimos el espacio: con un arriba y un abajo, una izquierda y una derecha, un delante y un detrás, un cerca y un lejos.

Cuando nada se interpone en nuestra mirada, nuestra mirada alcanza muy lejos. Pero si no topa con algo, no ve nada; sólo ve aquello con lo que topa: el espacio es lo que frena la mirada, aquello con que choca la vista: el obstáculo: ladrillos, un ángulo, un punto de fuga: cuando se produce un ángulo, cuando algo se para, cuando hay que girar para que comience de nuevo, eso es el espacio. El espacio no tiene nada de ectoplasmático; tiene bordes, no va en todas direcciones, hace todo lo que hay que hacer para que los raíles del ferrocarril se encuentren bastante antes del infinito.

sobre las líneas rectas

En aquesta parte había yo previsto un capítulo sobre las líneas curvas, de modo que se comprobara la excelencia de las líneas rectas...

¡Una línea recta! el sendero por donde deberían marchar los cristianos de verdad, como dicen los padres de la Iglesia.

El emblema de la rectitud moral, dice Cicerón.

La mejor de todas cuantas líneas hayan existido, dicen los plantadores de coles.

La línea más corta, dice Arquímedes, que pueda extenderse de un punto a otro.

Pero un autor como yo y como tantos otros, no está dotado para la geometría; y abandoné la línea recta.

Lawrence Sterne
(*Tristram Shandy*, capítulo 240)

medidas

Supongo que, como todo el mundo, me siento atraído por los puntos cero: esos ejes y esos puntos de referencia a partir de los cuales pueden ser determinadas las posiciones y las distancias de no importa qué objeto del universo:

- el Ecuador
- el Meridiano de Greenwich
- el nivel del mar

o incluso ese círculo, situado en el atrio de Notre-Dame (desapareció, ¡ay!, con la construcción del aparcamiento y nadie ha pensado en colocarlo de nuevo en su sitio), a partir del cual se calculan todas las distancias de las carreteras de Francia.

Cuando iba de Túnez a Sfax me gustaba pasar delante del indicador (también desaparecido) que indicaba a qué distancia se encontraban Trípoli, Ben Ghazi, Alejandría y El Cairo.

Me gusta poder recordar que Pierre-François-André Méchain, nacido en Laon en 1744, y Jean-Baptiste-Joseph Delambre, nacido en Amiens en 1749, fueron de Dun-

kerque hasta Barcelona únicamente para verificar la longitud del metro (parece que Méchain incluso se equivocó en sus cálculos).

Me gusta poder recordar que a media distancia de los caseríos de Frapon y de La Presle, comarca de Vesdun, provincia de Cher, se encuentra una placa que señala exactamente el *centro* de la Francia metropolitana.

Incluso aquí mismo, en este momento, no me sería absolutamente imposible determinar mi posición en grados, minutos, segundos, décimas y centésimas de segundo: alrededor de 49° de latitud norte, alrededor de $2^{\circ} 10' 14'' 4$ al este del meridiano de Greenwich (o solamente unas fracciones de segundo al oeste del meridiano de París), y unas decenas de metros sobre el nivel del mar.

Hace poco he leído que en Inglaterra habían franqueado una carta cuya única dirección era una latitud y una longitud. El remitente era por supuesto, si no un geógrafo, al menos un agrimensor o agente del catastro, y el destinatario, es cierto, vivía solo en una casa lo suficientemente aislada como para ser efectivamente identificada. Lo cual no impidió que la carta llegara. El *Postmaster General*, equivalente británico del ministro de P. y T., hizo público un comunicado en el que expresaba la gran estima en la que tenía a sus empleados, pero advertía que en el futuro tales direcciones no se tomarían en consideración; lo mismo ocurriría con las direcciones en verso: los empleados de Correos tienen otras cosas que hacer que resolver adivinanzas; el camino que recorre una carta desde su punto de origen hasta su punto de destino es una estricta cuestión de código: Mallarmé, Latis o la cartografía sólo pueden ser factores de ruido...

El espacio parece estar más domesticado o ser más inofensivo que el tiempo: en todos los sitios encontramos gente que lleva reloj, pero es muy raro encontrar gente que lleve brújula. Necesitamos saber la hora en todo momento (¿hay alguien todavía que sepa deducirla de la posición del sol?) pero nunca nos preguntamos dónde estamos. Creemos saberlo: estoy en mi casa, en la oficina, en el metro, en la calle.

Es evidente, por supuesto –pero, ¿hay algo que no lo sea? Sin embargo, de vez en cuando deberíamos preguntarnos dónde estamos: hacer balance: no sólo de nuestros estados de ánimo, de la salud, de las ambiciones, de las creencias y de las razones de ser, sino de la posición topográfica, y no tanto en relación con los ejes citados más arriba, sino más bien en relación con un lugar o un ser en que podamos pensar, o en el que nos pondremos a pensar. Por ejemplo, cuando en la parada de Invalides subimos al autobús que nos lleva a Orly, representarse la persona que vamos a esperar justo al pasar por la vertical de Grenoble, y mientras que el autobús va abriéndose un difícil camino en medio de los embotellamientos de la avenida Maine, tratar de figurarse el lento recorrido que podría hacer por un mapa de Francia, la travesía de Ain, de Saône-et-Loire, de Nièvre y de Loiret... O también, en un momento preciso del día, interrogarse de un modo más sistemático sobre las posiciones que ocupan, los unos respecto a los otros y respecto a nosotros, algunos de nuestros amigos: enumerar las diferencias de nivel (los que como nosotros viven en un primer piso, los que viven en el quinto, en el once, etc.), las orientaciones, imaginar su desplazamiento en el espacio.

Hubo un tiempo, supongo que como todo el mundo, y sin duda en una de esas pequeñas agendas trimestrales que daba la librería Gibert, cuando a principio de curso íbamos a cambiar el Carpentier-Fialip y el Roux-Combaluzier del año anterior por el Carpentier-Fialip y el Roux-Combaluzier del año próximo, en que escribía mi dirección de esta manera:

Georges Perec
Calle de la Assomption, 18
Escalera A
Piso 3º
Puerta derecha
París 16
Provincia de Sena
Francia
Europa
Mundo
Universo

jugar con el espacio

Jugar con las grandes cifras (factoriales, series de Fibonacci, progresiones geométricas):

Distancia de la Tierra a la Luna: una hoja de papel de liar tan fina que harían falta 1.000 para obtener un milímetro, doblada en dos 49 veces seguidas;

Distancia de la Tierra al Sol: la misma, doblada en dos 58 veces seguidas;

Distancia de Plutón al Sol: siempre la misma: doblándola 4 veces más se queda un poco justo, pero doblándola 5 veces más pasa un poquito de 3.000.000.000 de kilómetros;

Distancia de la Tierra a Alfa Centauro: 15 pliegues más.

Jugar con las distancias: preparar un viaje que nos permitirá visitar o recorrer todos los lugares que se encuentren a 314,60 kms de nuestro domicilio;

Mirar en planos, en mapas del ejército, el camino que se ha recorrido.

Jugar con las medidas: acostumbrarse de nuevo a los pies y a las leguas (aunque sólo fuera para leer con más comodidad a Stendhal, Dumas o Jules Verne); tratar de hacerse de una vez una idea precisa de qué es una milla marina (y de paso, un nudo); recordar que un *jornal* es

una unidad de superficie: es la extensión que un obrero agrícola puede labrar en un día.

Jugar con el espacio:

Suscitar un eclipse de sol levantando el dedito (como Leopold Bloom en *Ulises*).

Hacerse fotografiar sosteniendo la torre de Pisa...

Comenzar a habituarse a una vida en estado de ingravidez:

olvidar las verticales y las horizontales: grabados de Escher, interior de vehículos interplanetarios en *2001, Odissea del espacio*.

Meditar sobre dos pensamientos geniales (complementarios además):

A menudo pienso en la cantidad de buey que haría falta para hacer un caldo con el lago de Ginebra.

Pierre Dac
L'os à moelle

Los elefantes generalmente se dibujan más pequeños que su tamaño natural, pero una pulga siempre es más grande.

Jonathan Swift
Pensée sur divers sujets

la conquista del espacio

1

La casa rodante del señor Raymond Roussel

(Extracto de la Revista del Touring-Club de Francia)

El autor de Impressions d'Afrique, cuyo genio ha sido alabado por tantos espíritus distinguidos, proyectó un automóvil de 9 metros de largo por 2,30 m de ancho.

Este coche es una auténtica casita, Gracias a ingeniosas disposiciones incluye efectivamente: un salón, un dormitorio, un despacho, un baño e incluso una pequeña habitación para el servicio que está compuesto de tres hombres (dos chóferes y un criado).

La carrocería realizada por Lacoste es de una gran elegancia y su acondicionamiento interior es tan original como ingenioso. (...) El dormitorio se transforma durante el día en despacho o salón; en cuanto a la parte delantera (tras el puesto del conductor), por la noche se convierte en una pequeña habitación donde los tres hombres arriba citados pueden estar cómodamente y asearse (hay un lavabo en el salpicadero) a la izquierda del asiento del conductor y del volante de dirección).

La decoración interior de la casa rodante del señor Raymond Roussel está firmada por Maple.

Tiene calefacción eléctrica y una chimenea de gas de bencina. El calentador de baño funciona igualmente con gas de bencina.

Todo el mobiliario ha sido previsto para responder a todas las necesidades. Incluye hasta un caja fuerte Fichet.

Una excelente instalación de T.S.F. permite captar las retransmisiones de todas las emisoras europeas.

Con esta descripción, aunque breve, se comprueba que este genuino chalet rodante —que puede completarse con una cocina remolque— pone al alcance de su propietario todas las comodidades del hogar en un espacio apenas encogido.

El chasis sobre el que está montada esta lujosa instalación es un chasis Saurer. En llano la velocidad normal es de 40 kilómetros por hora. Las bajadas más pronunciadas pueden ser abordadas sin temor gracias al dispositivo de freno motor.

La dirección permite una gran «desmultiplicación», cualidad muy apreciada cuando se abordan las curvas de carreteras de montaña.

(...) Apenas construida, la caravana partió (...) para efectuar un circuito de 3.000 kilómetros a través de Suiza y Alsacia. Cada tarde el señor Roussel cambiaba de horizonte.

Su viaje le ha reportado impresiones sin par.

2

San Jerónimo en su escritorio

por Antonello de Messina (Londres, National Gallery)

El escritorio es un mueble de madera colocado sobre el enlosado de una catedral. Reposo sobre un estrado al que se accede por tres peldaños y comprende fundamentalmente seis casilleros cargados de libros y de diversos objetos (sobre todo cajas y un jarrón), y una superficie de trabajo, la parte plana de la cual sostiene dos libros, un

tintero y una pluma, y la parte inclinada el libro que el santo está leyendo. Todos sus elementos son fijos, es decir, constituyen el mueble propiamente dicho, pero además sobre el estrado hay un asiento sobre el cual está sentado el santo, y un arca.

El santo se ha descalzado para subir al estrado. Ha dejado su sombrero de cardenal sobre el arca. Está vestido con un hábito rojo (de cardenal) y en la cabeza lleva una especie de solideo igualmente rojo. Está muy derecho en su asiento, y muy lejos del libro que está leyendo. Sus dedos se han deslizado entre las hojas, como si estuviera simplemente hojeando el libro, o como si necesitara repasar fragmentos anteriores de su lectura. Encima de uno de los estantes, frente al santo y muy por encima de él, se erige un minúsculo Cristo crucificado.

A un lado de las estanterías están colocadas dos páteras austeras, y sobre una de ellas hay una tela que quizá es un amito o una estola, pero lo más verosímil es que se trate de una servilleta.

En un saliente del estrado hay dos macetas con plantas, una de las cuales quizá es un naranjo enano, y un gatito atigrado cuya postura invita a pensar que se encuentra en estado de sueño ligero. Por encima del naranjo, sobre el tablero de la superficie de trabajo, hay una etiqueta fijada que, como casi siempre en Antonello de Messina, reproduce el nombre del pintor y la fecha de realización del cuadro.

A cada lado y por encima del despacho, se puede uno hacer una idea del resto de la catedral. Se encuentra vacía, si exceptuamos a un león situado a la derecha y que, con una pata en el aire, parece dudar en venir a molestar

al santo en su trabajo. En el recuadro de las altas y estrechas ventanas de arriba, aparecen siete pájaros. A través de las ventanas de abajo se puede contemplar un paisaje ligeramente accidentado, un ciprés, varios olivos, un castillo, un río con dos personajes que están remando y tres que pescan.

El conjunto puede verse por una vasta abertura ojival apoyada por un pavo real y una avecilla rapaz que posan complacientemente junto a un magnífico barreño de cobre.

Todo el espacio se organiza por entero alrededor de este *mueble* (y el mueble se organiza por entero alrededor del libro): la arquitectura glacial de la iglesia (la desnudez de su enlosado, la hostilidad de sus pilares) queda anulada: sus perspectivas y sus verticales ya no delimitan el único lugar de una fe sublime; sólo están presentes para dar al mueble su escala, permitirle *su inscripción*: en el centro de lo inhabitable, el mueble define un espacio domesticado que los gatos, los libros y los hombres habitan con serenidad.

3

El evadido

De este modo creemos ver un puente a su galope.

Jacques Roubaud

Ya he olvidado el origen de esta anécdota, no podría garantizar su autenticidad y no creo estar seguro de la exactitud de sus términos: sin embargo me parece que puede ilustrar admirablemente mis palabras.

Un prisionero francés consiguió escaparse en plena noche del tren que le conducía a Alemania. Era una noche oscura por completo. El prisionero ignoraba totalmente su situación. Durante mucho tiempo caminó al azar, es decir todo recto hacia delante. En un momento dado llegó al borde de una corriente de agua. Una sirena bramó. Unos segundos más tarde, las olas provocadas por el paso del barco rompieron en la orilla. Por el tiempo que separaba el bramido de la sirena del chapoteo de las olas, el evadido dedujo la anchura del río; una vez conocida su anchura, pudo identificarlo (era el Rin) y una vez identificado, supo dónde estaba.

4

Los encuentros

Esto no tendría evidentemente ningún sentido si fuera de otro modo. Todo ha sido estudiado, todo ha sido calculado, no es cosa de equivocarse, no se conocen casos en que se haya descubierto un error aunque sólo fuera de unos centímetros o incluso de unos milímetros.

Sin embargo siempre noto algo que se parece a la admiración cuando me imagino el encuentro de los obreros franceses y de los obreros italianos en medio del túnel del monte Cenis.

lo inhabitable

Lo inhabitable: el mar vertedero, las costas erizadas de alambre de espino, la tierra pelada, la tierra osario, los montones de caparzones, los ríos lodazales, las ciudades nauseabundas

Lo inhabitable: la arquitectura del desprecio y de la pamema, la vanagloria mediocre de las torres y de los grandes edificios, los miles de cuchitriles amontonados unos encima de otros, la jactancia mísera de las sedes sociales

Lo inhabitable: lo reducido, lo irrespirable, lo pequeño, lo mezquino, lo estrechado, lo calculado justo a tope

Lo inhabitable: las chabolas de hojalata, las ciudades camelo

Lo hostil, lo gris, lo anónimo, lo feo, los pasillos del metro, los baños- duchas, los hangares, los aparcamientos, los centros de clasificación, las ventanillas, las habitaciones de hotel

las fábricas, los cuarteles, las prisiones, los asilos, los hospicios, los institutos, las audiencias, los patios de escuela

el espacio parsimonioso de la propiedad privada, los desvanes acondicionados, los soberbios pisos de soltero, los

coquetos estudios en su nido de verdor, las elegantes viviendas de paso, las triples recepciones, las vastas estancias a cielo abierto, servidumbre de luces, doble orientación, árboles, vigas, carácter, lujosamente acondicionado por un decorador, balcón, teléfono, sol, salidas, auténtica chimenea, galería, fregadero de dos pilas (inox), tranquilo, jardín privado, ganga excepcional

Se ruega digan su nombre después de las diez de la noche

El acondicionamiento:

39533/43Kam/J

6 de noviembre de 1943

Objeto: recolección de plantas destinadas a adornar los hornos crematorios I y II del campo de concentración con una banda de verdor.

Ref.: Conversación entre el SS-Obersturmbannführer Höss, comandante del campo y el Sturmbannführer Bishoff.

Al SS-Sturmbannführer Ceasar, jefe de las empresas agrícolas del campo de concentración de Auschwitz (Alta Silesia).

Conforme a una ordenanza del SS-Sturmbannführer Höss, comandante del campo, los hornos crematorios I y II del campo de concentración serán provistos de una banda verde que sirva de límite natural al campo. Ésta es la lista de plantas que deberán ser recolectadas en nuestras reservas forestales:

200 árboles con hojas entre tres y cinco metros de alto; 100 brotes de árboles con hojas entre un metro y medio y cuatro metros de alto; y 1000 arbustos de revestimien-

to entre uno y dos metros y medio de alto, todo ello recolectado en las reservas de nuestros viveros.

Ruego ponga a nuestra disposición este abastecimiento de plantas.

El jefe de la dirección central del pabellón de las Waffen SS y de la policía de Auschwitz: firmado: SS-Sturmbannführer

(citado por David Rousset, *Le pire ne rit pas*, 1948)

el espacio (continuación y fin)

Me gustaría que hubiera lugares estables, inmóviles, intangibles, intocados y casi intocables, inmutables, arraigados; lugares que fueran referencias, puntos de partida, principios:

Mi país natal, la cuna de mi familia, la casa donde habría nacido, el árbol que habría visto crecer (que mi padre habría plantado el día de mi nacimiento), el desván de mi infancia lleno de recuerdos intactos...

Tales lugares no existen, y como no existen el espacio se vuelve pregunta, deja de ser evidencia, deja de estar incorporado, deja de estar apropiado. El espacio es una duda: continuamente necesito marcarlo, designarlo; nunca es mío, nunca me es dado, tengo que conquistarlo.

Mis espacios son frágiles: el tiempo va a desgastarlos, va a destruirlos: nada se parecerá ya a lo que era, mis recuerdos me traicionarán, el olvido se infiltrará en mi memoria, miraré algunas fotos amarillentas con los bor-

des rotos sin poder reconocerlas. Ya no estará el cartel con letras de porcelana blanca pegadas en forma de arco circular sobre el espejo del pequeño café de la calle Coquillière: «Aquí consultamos el Bottin» y «Bocadillos a todas horas».

El espacio se deshace como la arena que se desliza entre los dedos. El tiempo se lo lleva y sólo me deja unos cuantos pedazos informes:

Escribir: tratar de retener algo meticulosamente, de conseguir que algo sobreviva: arrancar unas migajas precisas al vacío que se excava continuamente, dejar en alguna parte un surco, un rastro, una marca o algunos signos.

París, 1973-1974

repertorio de algunas palabras utilizadas en esta obra

- ADLER, LARRY, 46
AGENDA, 32
ALFALFA, 109
ALFOMBRA, 35
ALMA, 99
ALMOHADA, 33
ALPINISTA, 35
AMARILLO, 90
AMIENS, 125
ANGOSTURA, 45
ANTORCHA, 61
ARENAS DE BEAUCHAMP, 89
ARMONIO, 45
AVERY, TEX, 89
AVIÓN, 58
- BACH, JUAN SEBASTIÁN, 45
BALSA TRANSBORDADORA, 103
BANDERA TRICOLOR, 83
BAÑOS-DUCHAS, 52
BAOBAB, 38
BARCOS, 82
BARÓMETRO, 61
BASALTO, 122
BEIRUT, 58
BILLAR, 57
BOCADILLO, 138
BOMBAS DE TIEMPO, 92
BOMBILLA, 32
BOSQUECILLOS, 114
BOTAS, 27
BOTTIN, 88
BRUMA, 119
- CABALLITO CON RUEDAS, 73
- CAJA DE SKINNER, 61
CAJA FUERTE, 132
CALDO, 130
CALENDARIO DE CORREOS, 41
CALLISTA, 52
CANGREJOS, 109
CARABINA, 66
CARÁCTER, 137
CARPACCIO, 48
CASTAÑAS, 35
CEREZAS, 94,109
CICERÓN, 124
CIPRÉS, 134
COCHE, 73
CONVERSACIÓN, 137
CRISTOBAL COLÓN, 116
CROMOSOMA, 122
CRUZ DE MALTA, 61
CUBO DE BASURA, 75
CUCHARILLA, 89
CUNA, 139
- CHAPOTE, 135
CHOTT, 34
- DAME TARTINE, 59
DESVÁN, 139
DOLOR DE MUELAS, 49
DOMINGO, 94
DUGOMMIER, 60
DULCE DE FRUTAS, 86
DUMAS, ALEXANDRE, 31
- EBLÉ, JEAN-BAPTISTE, 118
ELEFANTES, 130

ESPAGUETI, 48
 ESTAMPA, 44
 ESTATUA, 35
 ETRETAT, 46
 EULER, 71

 FOGÓN, 53
 FOTOS, 139
 FREUD, SIGMUND, 118
 GUIJARRO, 41
 GENGI MONOGATARI EMAKI,
 71
 GRAFFITI, 86
 GRAN O ROJA, 104
 GRANDE ILLUSION (LA), 114
 GRISONES, 59
 GUILLOTINA, 44

 HAYDN, JOSEPH, 61
 HUESO, 105

 ÍCARO, 80

 JAMÓN, 51
 JARDÍN DE INVIERNO, 106
 JARRA DE AGUA, 44
 JUEGO DEL GO, 71

 LAVANDERA, 35
 LEÓN, 133
 LEOPOLD BLOOM, 130
 LETRA C, 101
 LETRA R, 122
 LETRA T, 83
 LINEA MORICE, 114
 LEÓN DE BELFORT, 105
 LION NOIR, 27
 LOUIS XVI, 60

 MADRE PATRIA (LA), 115
 MANZANA, 35
 MARSHMALLOWS, 46
 MELBOURNE, 122

 MERIENDA, 56
 MICHELIN, 40
 MICHIGAN, 65
 MIRADA FURTIVA, 81
 MI SOBRINITA, 100
 MORILLOS, 72
 MUSA, 39

 NARANJO, 133
 NAVIDAD, 119
 NODRIZA, 35
 NO MAN'S LAND, 114
 NOUVELLE REVUE FRANÇAISE
 (LA), 64

 OBESOS, 119
 OLMO, 110
 OPUS INCERTUM, 65

 PÁJARO, 75
 PAN CASERO, 107
 PARADIS, 95
 PARALELEPÍPEDO, 54
 PASTELILLOS, 90
 PÁTERA, 133
 PAZ, 43
 PEONES CAMINEROS, 35
 PERCHERO, 53
 PERSIANA, 35
 PIANISTA, 36
 PIPA, 75
 PISA, 130
 PLANÈTE INTERDITE, 64
 PLÁTANO, 102
 POLACO, 90
 POLIGRAFÍA DEL CABALLO, 71
 PONTOISE, 24
 PORCELANA, 140
 PORTULANO, 33
 POTERNA, 95
 PULGARCITO, 37

 ROSTAND, EDMOND, 83

RULOS, 75

SAENREDAM, PIETER, 61

SÁHARA, 88

SAINT-ANTOINE, 95

SAINT-CHELY-D'APCHER, 48

SAINT-CLOUD, 99

SAINT-DENIS, 96

SAINT-GERMAIN, 98

SAINT-HONORÉ, 98

SAINT-JACQUES, 105

SAINT-JEAN-ROHRBACH, 118

SAINT-LAZARE, 87

SAINT-NAZAIRE, 98

SAINT-OUEN, 89

SAINT-THOMAS-D'AQUIN, 88

SAN JERÓNIMO, 132

SANTA ELENA, 31

SERRALLO, 39

SIRENA, 135

SISLEY, ALERED, 44

SUEÑO LIGERO, 133

SYLVIA SCARLET, 118

TABERNA DE LOS HERMANOS

SIMIC, 118

TARN, 118

TIJERAS PARA UÑAS, 40

TIMO, 103

TINTERO, 74

TINTORERÍA, 95

TOSTADAS, 73

TOUL, 108

TRASIMENO, 31

T.S.F., 132

VIENTO, 98

VERDOR, 137

VERDÚN, 108

VIOLETA, 25

WRIGHT, FRANK LLOYD, 65

ÍNDICE

Introducción: Escribir y leer el espacio <i>por Julio Camarero</i>	9
---	---

ESPECIES DE ESPACIOS

Prólogo	23
La página	29
La cama	37
algunas banalidades más	
La habitación	43
fruagmentos de un trabajo en curso – pequeño problema – pequeño pensamiento plácido nº 1 – peque- ño pensamiento plácido nº 2	
El apartamento	51
de un espacio inútil – mudarse – instalarse – puertas – escalera – paredes	
El inmueble	71
proyecto de novela	
La calle	79

trabajos prácticos – borrador de carta – los lugares	
El barrio	93
la vida de barrio – la muerte del barrio	
La ciudad	97
mi ciudad – ciudades extranjeras – del turismo – ejercicios	
El campo	107
la utopía campestre – alternativa nostálgica (y falsa) – del movi- miento	
El país	113
fronteras – mi país	
Europa	116
El mundo	117
El espacio	121
sobre las líneas rectas – medidas – jugar con el espacio – la conquista del espacio – <i>la casa rodante del se- ñor Raymond Roussel</i> – <i>San Jerónimo en su escritorio</i> – el evadido – los encuentros – lo inhabitable – el es- pacio (continuación y fin)	
Repertorio	141

espacio literario, espacio torcido, espacio del sueño

espacio or
de
na
do, espacio quebrado, falta de espacio

espacio vivido, espacio recorrido,

espacio disponible

Perec literario, Perec torcido, Perec del sueño

Perec ordenado, Perec quebrado, espacio de un instante

Perec recorrido, Perec disponible, espacio descubierto

las especies de espacios,

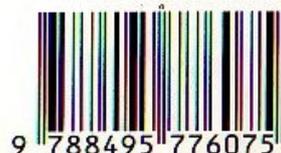
el v
é
r
t
i
g
o

de habitar un espacio
escribir
en un
espacio

Perec mirada
que explora el
espacio,

leer: recorrer un texto es pa cio tras es pa cio.

ESPECIES DE ESPACIOS es, junto a LA VIDA: INSTRUCCIONES DE USO y LA DESAPARICION, uno de los grandes libros de Perec, no traducido hasta ahora.



9 788495 776075